—¡Qué veo! exclamó ¿No eres tú mi hermano Leandro?

—Sí, soy yo, contestó el otro.

—¡Pero en qué estado te encuentro! Indudablemente has despilfarrado el donativo de la Primavera!

—¡Ah! suspiró Leandro. Tal vez he lanzado al viento demasiado á prisa los pétalos de la flor. Sin embargo, no me arrepiento de mi imprudencia, porque he gozado de cuanto se puede disfrutar en este mundo.

—¡Pues te has lucido, en verdad! Si hubieras sido tan circunspecto como yo, te verías de muy distinto modo. En cambio, nada me costaría gozar ahora de todos los placeres de que te ves privado.

—¿Es posible?

—¡Pues ya lo creo! ¿No ves que he conservado intacto el presente del hada?

—¿De veras?

—Sí... repuso Lamberto, abriendo la caja que había sacado de su bolsillo; mira.

Pero el rico propietario palideció de terror, porque en lugar de la flor marchita tenía ante sus ojos un montón de menudísimo polvo.

—¡Ah! exclamó con acento de ira. ¡Maldita sea el hada fatal que tan cruelmente se ha burlado de mí!

De entre una de las malezas del camino salió entonces una mujer vestida de flores desde los pies á la cabeza.

—No me he burlado de tí, dijo, ni tampoco de tu hermano, y ya es hora de dar una explicación. Las dos margaritas no eran en realidad dos flores, sino vuestra propia juventud. Tú, Leandro, has lanzado la tuya á todos los vientos del capricho, y tú, Lamberto, has dejado marchitar la tuya en el fondo de tu corazón. Con la particularidad de que no tienes ni lo que á tu hermano le queda: el recuerdo de haberla deshojado...

Cátulo Mendes.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Á MI SOBRINO

JOSÉ ABEL PALACIOS

(EN EL DÍA DE SU CUMPLE-AÑOS)

I

Como el cedro gigante que en el bosque
sobre los otros cedros se levanta,
y agita sus retoños en la altura
como diadema de su estirpe sacra, —
así, en el seno
de nuestra raza,
es tu padre el Josef de la familia
y eres tú su alegría y su esperanza!

II

Como á través de incógnitas regiones
el clásico raudal seca sus aguas,
hasta que encuentra la corriente pura
que su caudal agonizante agranda,—
así, en la noche
de nuestra raza,
has venido á salvarnos del olvido,
has venido á salvarnos de la nada!

III

Como se vela por la augusta vida
de los hijos del rey, en el alcázar;
como se ponen al servicio de ellos
el talento, el estudio y la arrogancia,—
así, las fuerzas
de nuestra raza
concurrirán á despejar la vía
del que ha mandado Dios á perpetuarla!

IV

Como pintan pinturas los artistas,
y los poetas, sus poemas cantan

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

á la mujer, en cuyo seno excelso
se laboró la salvación humana,—
así, el ingenio
de nuestra raza,
debe ensalzar á la mujer virtuosa
que laboró tu vida en sus entrañas!

V

Y como toda voluntad se anula,
y como toda lengua se amordaza,
y como toda frente se descubre
en la presencia augusta del patriarca,—
así, en el nombre
de nuestra raza,
saludo respetuoso, en este día,
al padre del Mesías que la salva!

VI

Porque así como el cedro de los bosques
que más alto que todos se levanta,
agitando sus ramas en el cielo
como diadema de su estirpe sacra,—
allá, en la tarde
de nuestra raza,
él recibió la bendición divina
y dió frutos de vida y de esperanza!

PEDRO A. PALACIOS
(Almafuerte)

Buenos Aires.

EPIGRAMA

Tras de feroz gritería
y escándalo no pequeño,
oí este diálogo un día
entre un ratero y el dueño
de cierta paragüería:
—¡Suelta el paraguas!
—Ahí queda.
—¡Ladrón!
—¿Ladrón? ¡voto va!
no hay quién llamármelo pueda;
¿qué dice el rótulo?
—*Seda*.
—Pues yo he leído *se da*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Bellezas americanas



CHILENA

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

INFLUENCIA DE LA MÚSICA

EN LA MEDICINA



La música empleada como remedio es viejo, muy viejo, tan viejo como el mundo. Es inimaginable lo que se ha escrito y experimentado, lo que se escribe y se experimenta, y lo que se experimentará y probablemente escribirá sobre la acción de la música en los enfermos y en las enfermedades.

Las sensaciones producidas por la música en el organismo son curiosísimas, y lo más raro es que cada uno reacciona según las diversas modalidades de su temperamento; hay quién piensa que la armonía es de esencia divina, y quién, como Teófilo Gautier, que la música es el más caro de los ruidos. Los sonidos causan también impresión á los animales; todos, más ó menos, hemos observado la viva sensación que en los perros, caballos y demás seres producen las combinaciones armónicas.

No cabe duda ninguna: la música ejerce una gran influencia en el sistema nervioso, y según el grado de educación musical se llega á percibir el *non plus ultra* de los sentimientos más elevados.

Los empíricos y médicos músicos de la antigüedad, como los del presente, han buscado el modo de obtener en los enfermos, por medio de la música, algún resultado benéfico; los antiguos aplicaron esta panacea á casi todas las dolencias

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

humanas; los modernos, más circunspectos, han limitado su acción calmante, y en muchos casos, para afirmar que los agentes empleados tienen poco valer, agregan: *son músicas.* —¿Será por qué los médicos actuales no poseen el verdadero arte *musicandi et curandi?* Es posible; sin embargo, haré notar que entre nuestras celebridades contemporáneas descuellan ejecutantes distinguidos como los doctores Jaccoud, Richelot, etc., y á ninguno de ellos, cuando son llamados por los pacientes, se les ocurre trocar el opio ó el bisturí por el adagio en fa del cuatuor en ut de Mozart.

Á pesar de todo, de tiempo en tiempo surge un método más ó menos original de curar con pretensiones milagrosas. No es raro leer en los diarios que el doctor Bezichinsky, en un mes de tratamiento con valses en tono menor de Chopin, ha curado completamente á una niña de cuatro años que padecía de terrores nocturnos. Otra vez le toca el turno al reverendo J. Harford, canónigo de Westminster Abbey, que «acaba de fundar una *mâitrise*, cuyo fin es la curación de las dolencias físicas que afligen á la humanidad.» El reverendo canónigo aludido es un erudito, pues es poeta, políglota, *terapeuta*, etc., y es de sentir que no encuentre en su sacerdocio elementos suficientes para dirigir ó atraer al bien las ovejas extraviadas. — Por cierto que es un ideal espléndido querer curar el cuerpo con el alma; pero se necesitan estudios especiales que perjudican la santidad de la vocación. Se comprenderá fácilmente cómo el misticismo atrae hacia lo incógnito hombres propensos á descarrilar en medio del camino de lo maravilloso. Nuestro fin de siglo tiene sus médicos-curas, sus sacerdotes Asclepiades del antiguo Egipto, y entre ellos brillan el renombrado abate Kneipp y el reverendo canónigo Harford.

Estos nuevos artistas médicos, ó, más bien, empíricos especialistas en su género, no son tan sorprendentes como sus colegas antepasados; he aquí algunos ejemplos que llamarán seguramente la atención por ser menos conocidos que los hechos de Orfeo, de David, de Terpandro, de Timoteo de Tebas, de Fenius, de Tirteo, de Galiano, de Teofrasto, de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cœlius Aurelianus, de Dioscoride y de Plutarco en su tratado de la música. Observaré que, ya en el siglo de Augusto, Pitágoras, Celso, etc., aconsejaban el sonido de los platillos para sanar la locura, y que los bardos, según Henri Martin, en su leyenda de los Galos, apaciguaban con la música el furor á los combatientes. — Pero todo esto se pierde en la obscuridad del pasado, y si busco en los hechos más cercanos, encuentro algunos que citaré por el interés que encierran.

Ehrrick, rey de Dinamarca, mataba, según Rousseau, á sus siervos bajo la influencia de ciertos sonidos; y el filósofo de Ginebra agrega irónicamente: «Estos desdichados debían ser más sensibles que el dueño á las excitaciones de la música; sino habría podido correr Ehrrick la mayor parte del peligro.»

Felipe V, rey de España, curó de sus accesos de hipocondría después de oir al cantante Farinelli.

Jacques Bonnet, en su *Historia de la Música y sus efectos*, decía: «Los conciertos eran la poción cordial del príncipe de Orange, en 1688.»

El *spleen* de los ingleses, el *sehnsucht* de los alemanes, esa nostalgia especial, era tal en los guardias suizos, que el rey prohibió, bajo pena de muerte, que se tocara el *rans* de las vacas. — A las gaitas de los highlanders debióse el haber ganado la batalla de Quebec, en 1760.

Champlain, en su *Viaje á América*, cuenta que los indios tienen la costumbre de tocar trozos de movimiento ligero á los que se encuentran atacados en las epidemias.

Desgenettes, médico del ejército de Egipto, recordando los consejos de Plutarco, hizo tocar las músicas militares bajo las ventanas de los hospitales de los apestados.

L. Willermy, en su *Tratado de las enfermedades nerviosas*, cita á un hombre que se arrastraba penosamente para ir á la Ópera, y regresaba á su casa «fresco y dispuesto, después de haber saboreado con delicia una buena música.»

Desault recomendaba la música en la tisis para desechar la tristeza, y Dodard (1707), Desessart (1811), Tourtelle, B. de Lamothe y el ilustre Pinel, aplicaban en las fiebres violentas el tratamiento musical.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Se citan aplicaciones de música con éxito en las operaciones quirúrgicas, en las hemorragias cerebrales. De paso mencionaré lo que se refiere á la influencia de la música en el sueño, el éxtasis, la catalepsia y la insensibilidad, de donde tanto partido sacan los fakires de la India y los sectarios de la tribu de los Aissouas de Argelia. Pasaré en silencio los últimos trabajos de C. Louis, de Netter, de Lacassagne, de Michea, de Cabanis, de Moos, de Bernutz, de Onimus, de Robin, de H. Soula y de Ferrand, en la sesión del 17 de Septiembre de 1895 de la Academia de Medicina de París.

En la enajenación mental, los que más la han recomendado son Pinel, Esquirol, Calmeil, Trelat, Rostan, Parchappe, Legrand du Saule, etc. Actualmente en los hospitales militares, en los manicomios, en las prisiones, donde se necesita y se puede, se hace música para distraer y calmar dolores; la música, en efecto, sirve de anestésico. Con este motivo Teofrasto Renaudot pretende que «la música cura algunas enfermedades de los recién nacidos; se aplacan sus gritos con los sonidos de las llaves ó de platos, y cuando más grande es, con el canto de las nodrizas.»

Creo inútil hablar del efecto de la dilatación de los vasos por medio de las vibraciones armónicas. Hace tiempo que Haller, Helmholtz, Charcot, Vulpian, etc., han demostrado la influencia de la música en la circulación, el corazón, la digestión y las secreciones; estos hechos han sido confirmados por los experimentos de Dogiel.

No insistiré tampoco en los efectos de la música sobre los movimientos, la marcha y el cansancio. Amadeo Latour aseguraba que el general Farre, suprimiendo los tambores en el ejército francés, suprimía, al mismo tiempo, un remedio terapéutico puesto en gran boga por Recamier, y cuyo uso no desdeñaba el gran Trousseau. Durante mucho tiempo pudo verse todas las tardes en la plaza Vendôme gran número de personas de ambos sexos, esperando la retreta tocada por los tambores de la guarnición de París, á los que seguían hasta sus lejanos cuarteles.—Eran los infortunados gastrálgicos que Recamier enviaba allí, pretendiendo que la marcha ritmada,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

en cadencia, disponía el estómago á regularizar sus funciones.

Como se ve por estas citas que quiero abreviar, los pretendidos inventos de los empíricos ó médicos músicos son muy conocidos y no se hará nada mejor. Lo extraordinario es que los nuevos adeptos de Euterpe sanan (?) enfermedades incurables y entran entonces en el dominio de lo maravilloso; es decir, de lo imposible, como le ha sucedido poco há á un estadista inglés, que recomendaba la música como el mejor modo de hacer crecer el pelo; dicho sabio ha observado que los músicos son de todos los hombres de profesiones liberales, los más cabelludos: en cien compositores, uno solo es calvo; cuando entre los literatos la proporción es de 20 por 100.

Decididamente la *musicoterapia* ejerce un gran ascendiente en personas propensas á lo milagroso; esto lo debemos seguramente á la sugestión del enfermo y á la auto-sugestión del que aplica el remedio, quien, á su vez, forma nuevos adeptos en centros adecuados: nadie, pues, se extrañará de que se hable de tantas maravillas.

Por mi parte, con satisfacción vería derramar armoniosas notas sobre los desheredados que pueblan cada vez más los manicomios; nunca se hará bastante, y si es cierto que en el paraíso se oyen celestes armonías, ¿por qué no preludiarlas en esta tierra, puesto que aquellos infelices entran en la categoría de los bienaventurados? Mahoma lo ha dicho: «Ten por santos á los locos.» ¿Por qué nuestras bellas mundanas, que son tan caritativas, no emprenden una campaña en favor de una sociedad, cuyo fin humanitario consista en procurar sanas distracciones á los enfermos, y muy principalmente á los alienados?

Pero, aunque se propague la *musicoterapeuticomanía* (!) estamos lejos todavía de transformar las escuelas de medicina en conservatorios donde se enseñe la nueva *músico-farmacopea*. No quiero decir con esto que el buen gusto perdiera en ello, ni que faltaran alumnos, siendo la música un arte accesible á las inteligencias más rudimentarias, ni menos que no

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

se pueda apaciguar á discreción según el tono que convenga, á los exaltados, adormecer á los niños ó despertar á los reblandecidos. Pero han de pasar muchos años antes de ver sustituída á la morfina con tres nocturnos y seis *berceuses*, y á las duchas una *tarantela* medioeval seguida de la cabalgata de las *Valkirias*.

Finalmente, la danza, como medio curativo, me deja algo pensativo, y juzgo paradojal lo que afirma un distinguido amigo mío: «el origen del baile debe buscarse en la necesidad de movimiento que tiene el cuerpo para su existencia.» Esto está lejos de ser demostrado; hoy el baile es de esencia social, y los *terpsicoristas* buscan en esas reuniones hermosa compañía: la música, el movimiento, es decir, la cadencia, el ritmo, la higiene, el ejercicio físico, si existen, son accesorios, y por estas razones continuaremos, en la sociedad actual, considerando la música como un derivativo ó deleite hasta cierto punto intelectual, y no como una medicina. En suma: *mach adoo about nothing*.

Benjamín Larroque.

Buenos Aires, Mayo de 1896.

EXÓTICO

Á JUANA BORRERO

Esparcida en regueros carmesíes
del rojo sol la púrpura caldea,
de árido monte el dombo, que chispea
con encendidos fuegos de rubíes;

Fresco ramo de abiertos alelíes
en el erguido tallo balancea
aura sutil, que perfumada ondea
canas de melancólicos faquíes;

En las hojas de lánguidos bambúes,
como encajes de oro en los tisúes,
cuelga la blonda luz sus rubios flecos,

Y bordeando los límites del Ganges,
las cigüeñas, en pálidas falanges,
el aire pueblan de estridentes ecos.

Carlos P. Uhrbach

Matanzas (Cuba).

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



NOLI ME TANGERE

Junto al tibio Cedrón que precipita,
su impetuoso raudal por la comarca,
la virgen israelita,
así dijo al Tetrarca:

«Calle, Señor, tu acento artificioso:
que no llegue á mi mente tu habla loca,
que es áspid ponzoñoso
el que habla por tu boca.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¿Piensas que tu poder y tu valía
harán que yo te quiera? ¡Vano empeño!
Mi voluntad no es mía
y tiene mi alma dueño.

¿Cambiar yo por tu César á mis reyes!
¿Es posible, romano, que tal oses!
¡Inicuas son tus leyes
y lúbricos tus dioses!

El sensualismo de tu pueblo exánime
se ostenta en lo mezquino de tu traza:
¡tu estirpe es pusilánime!
¡varonil es mi raza!

¡Cambiar por rojo manto que deslumbre
mi traje azul, mi transparente velo!
¡Por tu rojo que es lumbre,
mi azul, color de cielo!

¡Qué á mí, ni tus palacios refulgentes,
ni tus tapices del remoto Hydaspes,
tus mármoles turgentes,
tus irisados jaspes!

Más quiero de mis tórtolas los nidos,
las violetas azules de Judea,
mis granados floridos
y mi rústica aldea.

Tus vinos en elíxires disueltos,
no son más que la miel de mis naranjas,
tus pórticos esbeltos,
son menos que mis granjas.

Cuando en las secas tardes del verano,
bebe el rojizo sol de Palestina,
del arroyo cercano
el agua cristalina;

Y quebrando tomillos y arrayanes,
el triscador rebaño ramonea;
cloquean los faisanes
y el ganado sestea;

A la sombra del árbol del incienso
que exhala su perfume en el estío,
en mis amores pienso,
pienso en el dueño mío.

Y en tanto que él me manda sus canciones,
el eco reproduce en las montañas
los dulcísimos sones
de su flauta de cañas.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Lejos de mi cabaña y mi alquería,
¿qué haré en el esplendor y en la grandeza?
Morir de nostalgía,
de tedio y de tristeza...

Ya lo ves, es enorme la distancia
que separa tu suerte de mi suerte:
donde pasé la infancia,
me encontrará la muerte.»

. . . .

Puso fin la doncella á la bucólica,
y del patricio á la mirada altiva,
callada y melancólica
dejó caer la frente pensativa.

ARTURO BETETA.

San Francisco de California.

MÍSTICA

(EN UN CANCIONERO)

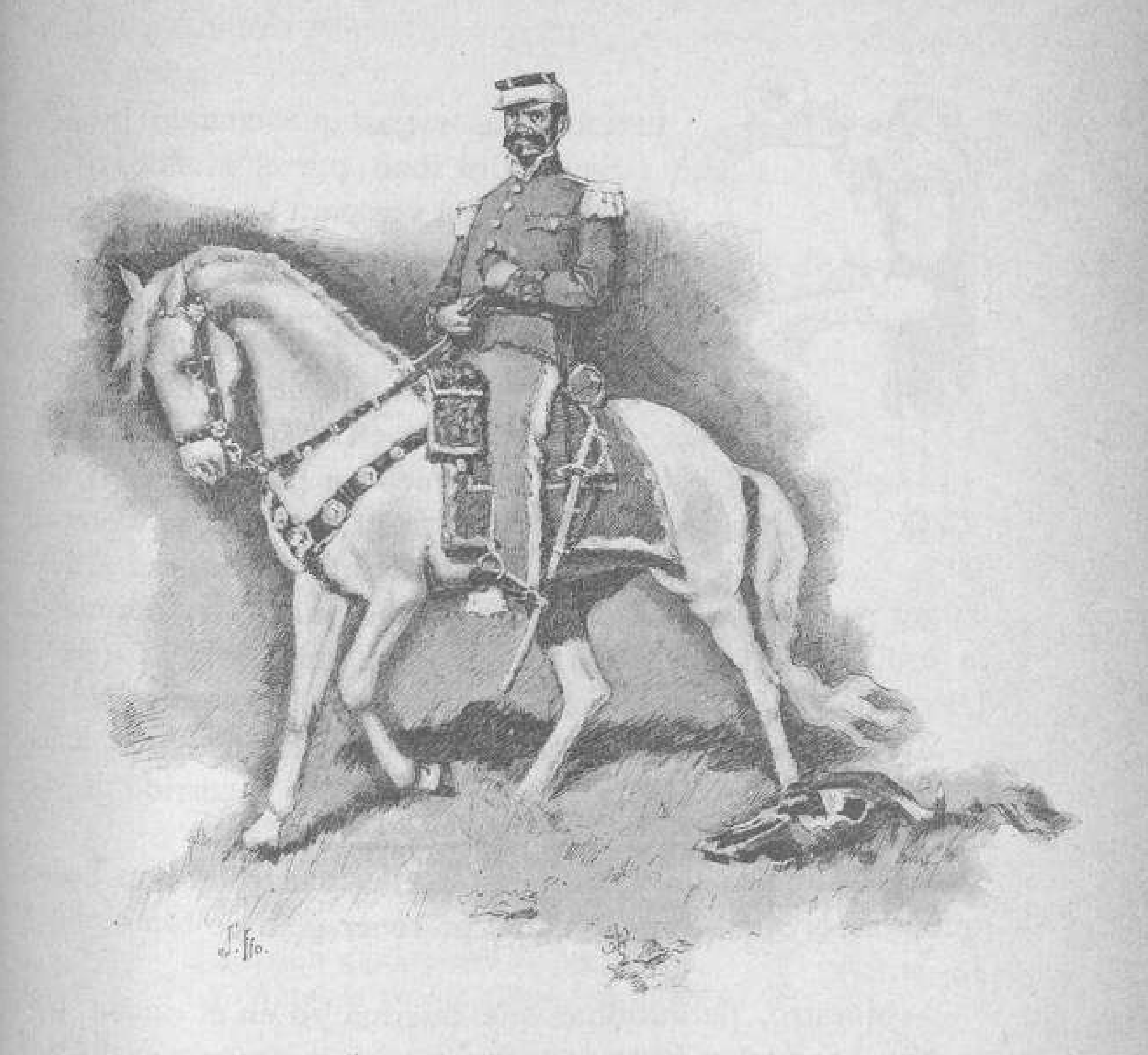
Si en tus jardines, cuando yo muera,
cuando yo muera brota una flor;
si en un celaje brota un lucero,
brota un lucero que nadie vió;
y llega un ave que te murmura,
que te murmura con dulce voz,
abriendo el pico sobre tus labios,
lo que en un tiempo te dije yo;
aquel celaje y el ave aquella,
y aquel lucero y aquella flor,
serán mi vida que ha transformado,
que ha transformado la ley de Dios!
Serán mis fibras con otro aspecto:
ala y corolas, ascua y vapor;
mis pensamientos transfigurados:
perfume y éter, arroyo y sol.
Soy un cadáver; ¿cuándo me entierran?
Soy un viajero; ¿cuándo me voy?
Soy una larva que se transforma...
¿Cuándo se cumple la ley de Dios?
¿Seré yo entonces, mi blanca niña,
celaje y ave, perfume y flor?

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Méjico.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El general Lamadrid



CROQUIS TOMADO DEL CUADRO

«PASAJE DEL EJÉRCITO LIBERTADOR FRENTE AL DIAMANTE»

Encargado por el gobierno de la provincia de Entre Rios
al distinguido pintor

D. EMILIO A. CARAFFA

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LOS GARROTAZOS[1]



REFIEREN las viejas que cuando Jesús y San Pedro iban por el mundo, se colocaron una vez para trabajar á jornal.

Al día siguiente, por la mañana, viendo el amo que, con todo y ser ya muy tarde, no se levantaban, exclamó:

«¡Vaya un par de gaznápiros que me he metido en casa!»

Y cogiendo un palo, fuese en derechura á la cama donde dormían Jesús y San Pedro, y empezó á descargar garrotazo tras garrotazo. Como San Pedro dormía en la orilla de la cama, y su Maestro del lado de la pared, el Discípulo fué quien recibió toda la andanada de palos.

Levantóse al fin Jesús, fingiendo ignorar lo que había sucedido, y San Pedro, lleno de cardenales y corrido de vergüenza, no se atrevió á despegar los labios.

Pero aquella noche, al acostarse, el bueno de San Pedro, que por ser calvo se imaginaba no tener pelo de tonto, dijo á Jesús:

«Maestro, permitidme que duerma yo en el rincón, porque no me parece justo que siendo vos quién sois, ocupéis el sitio más desventajoso; la pared es húmeda y malsana, y... ¡nada! dejad que duerma yo en el rincón.»

Condescendió Jesús, y tan sosegadamente se durmieron, que al día siguiente, cuando los demás jornaleros estaban entregados ya á sus faenas, todavía no habían dado señales de vida. El amo, indignado, cogió de nuevo el garrote y se dirigió á la cama, como la víspera.

1 Traducción del libro TRADICIÓNS CATALANAS, del genial escritor-artista don Apeles Mestres.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Pero al ir á descargar el primer garrotazo, pensó: «Este de la orilla ya tiene bastante con el pie de paliza que recibió ayer. ¡Hoy le toca al del rincón!» Y empezó á apalear á San Pedro con tantas ganas, que no parecía sino que estaba sacudiendo ropa.

No es necesario decir en qué estado quedaría éste, pero tampoco se atrevió á decir esta boca es mía, ante la solemne tranquilidad con que se levantaba Jesús.

Llegada la hora de recogerse de nuevo, dijo el Maestro al Discípulo:

«¿Dónde prefieres dormir hoy, Pedro? ¿en el rincón ó en la orilla?

— Dormid dónde os dé la gana, Maestro, — respondió San Pedro; — en cuanto á mí, ya sé que allí donde yo duerma, allí lloverán infaliblementelos garrotazos.»

OFRENDA

(PÁGINA GRIEGA)

Es la fiesta de Adonis: Primavera.
Todo en su templo al dios chipriota canta;
el humo de la mirra se levanta
y en nubes perfumadas se aglomera.

Con lento paso, virgen hechicera
de ebúrnea frente y majestuosa planta,
hacia el altar pagano se adelanta
y corta su esplendente cabellera.

Llevando con los bucles los hechizos
que su cabeza escultural coronan,
cae la diadema de sus negros rizos,

Mientras se oyen antífonas lejanas
que las bellas hieródulas entonan
al compás de las cítaras tebanas.

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires, 1895.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



NUEVA DOCTRINA

Al apreciable caballero y excelente amigo D. CARLOS J. CANTERA

—¡Julián!
—¡Chica!... escucha... ¡vén!
¡vaya un lujo! ¿has heredado?
—Hombre, no; me he colocado
de doncella, y me va bien.
—¿De doncella? pues confieso
mi extrañeza, Rosalía;
¡cáspita! yo que creía
que no servías... para eso.
—Has creído mal...
—Perdona...
—Y no digas más sandeces.
—¡Anda! ¡y qué traje! pareces,
mujer, una señorona.
¡Cuando pienso, voto á tal,
yo, que te he visto en Irún,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

que no tenías más que un
vestidito de percal!
Cualquiera, al mirarte, acierta,
si el diablo no te sedujo,
cómo es que con tanto lujo
no te has quedado ya... tuerta.
—¡Vaya una ocurrencia rara!
¿tuerta, dices?
—Y se explica:
semejante lujo, chica,
cuesta un ojo de la cara.
Trabajarás á destajo
y así lo comprendo todo.
—Pues te equivocas.
—¿De modo
que no te mata el trabajo?
—¿A mí? ¡quiá! donde sirvo hoy
es mucho menor, Julián,
el trabajo que me dan...
que el *trabajo* que les doy.
—¡Cómo! ¿tu conducta ven
y te sufren? esa es grilla.
—¡Hombre! ¿qué te maravilla?
¿no les sufro yo también?
La señora, hecha un veneno,
me pega grito tras grito;
pero, en cambio, el señorito...
¡el señorito es tan bueno!
¡Si hasta me causa sonrojos,
y enfado, á veces, fingí,
al ver cómo tras de mí
suelen írsele los ojos!
—Y en sus intentos livianos,
que lograr, sin duda, ansía,
con los ojos, Rosalía,
¿no se le han ido... las manos?
—¡Dios le libre! soy honrada
y no lo hiciera dos veces.
—¡Qué altivez!... ¡bravo! pareces
una reina... destronada.
Lánzale miradas hoscas,
y á los demás, como á él,
pues como te hagas de miel
¡va á ser un año de moscas!...
Conque, ante todo el decoro
y ¡alerta! que hay mucho tuno.
—Ya lo sé, Julián; más de uno

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

me ofrece el oro y el moro;
y á renegar de mi estrella,
que á servir me trajo un día,
hace ya tiempo que habría
dejado de ser doncella.
Mas soy una chica honrada,
y pues es fuerza elegir...
—¡Eso es! prefieres servir,
aun sin servir para nada.
—¡No tanto! el servicio es duro...
—¿Y eres muy madrugadora?
—¡Vaya! me levanto...
—¿A qué hora?
—A las nueve, aunque esté obscuro.
—¡Cáspita! ¿y luego?
—A lavarme
y á vestirme; pero dejo
más que de prisa el espejo
y corro... á desayunarme.
—Por lo que oigo, es un calvario
tu vida...
—Hay que padecer.
—¿Y luego?
—Pues luego, á ver
si tiene alpiste el canario.
Y entre aire y aire español
que canto, á cual más bonito,
saco al pobre animalito
para que le bañe el sol.
—¿Y en seguida?
—¿En seguida?
—Barres...
—¿Yo? ni por asomo;
descanso un momento...
—¡Cómo
debes estar de rendida!
—Si pongo al trabajo tasa,
en cambio no hago, Julián,
lo que otras, que siempre están
rodando de casa en casa,
en busca de más salario,
pues aquí donde me ves,
muy pronto va á hacer... ¡un mes!
que sirvo á doña Rosario.
—¿Un mes... ya? ¡vaya un asombro!
—No es así la Rafaela,
ni la Paca, ni la Estela,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ni otras mil que no te nombro.
—Y á propósito, ¿qué ha sido
de Luisa?
—Pues se volvió
á Irún, y allí se casó
con su antiguo prometido.
—¿Llevó de aquí algunos reales?
—¡Vaya! al año de servir
logró, aun gastando, reunir
seiscientos duros cabales.
—¿Y qué fué del majadero
de su primo hermano?
—¿Antonio?
es *del gobierno*...
—¡Demonio!
¿ministro?
—Aún no... portero.
—¿Y tu cuñado Melchor?
—Sirvió á un juez, y, hombre de juicio,
ahorró, abandonó el servicio,
y hoy viste como un *milor*.
—Pues si tenéis tal soldada,
aunque apenas trabajáis,
y además de esto, gozáis
de vida tan regalada,
veo que no fué quimérica
la ilusión que os trajo un día;
¿y sabes tú, Rosalía,
lo que yo digo? que América
no es, en los tiempos presentes,
si mis juicios no son vanos,
para los americanos,
sino para los sirvientes.

CASIMIRO PRIETO.



Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EN CASA DEL SEDUCTOR



—Sé que á sus súplicas, Flora,
dió á usted un beso, y me enfada
ver de mi hija así burlada
la inocencia que atesora.
Pero soy una señora
y no admito tal exceso;
pues le ha dado un beso, y eso
su reputación ofende...
— Prosiga usted... ¿qué pretende?
— ¡Que me devuelva usté el beso!

EPIGRAMA

—¡Cáspita! ¿con tu querida,
tu mujer te ha sorprendido?
—Se equivoca usted: ha sido
mi mujer la *sorprendida*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL MISAL ROJO

EVANGELIO

Á C. VEGA BELGRANO

PORQUE ha llegado la hora de la alegría de las gentes, las campanas riegan el aire azul con la metralla sonora de los repiques.

Truena un inmenso *hosanna* sobre los montes de la tierra.

¡Jerusalem! ¡Jerusalem! dice la trompeta del arcángel, con su embocadura asestada hacia las estrellas que tiemblan.

¡Aleluya! ¡Aleluya! cantan las cien flautas por donde respira el pulmón elefantino de los órganos. Y en la bóveda, toda vibrante como un cráneo en delirio, estallan las músicas en delirios de armonía.

¡Gloria! en los altares florecidos de cirios, incendiados de rosas. ¡Gloria! en la constelación diamantina de las custodias. ¡Gloria! en los crucifijos aún húmedos de sangre. ¡Gloria! en la venerable tonsura arzobispal, sobre la cual cae, con las alas abiertas, una paloma de nieve, desde el misterio crepuscular de las bóvedas. ¡Gloria! en los cálices, en cuyo fondo, como flor pasionaria, está fresca la mancha de sangre mística. ¡Gloria! en las hostias de intacta harina olorosa á la divina carne de la transubstanciación. ¡Gloria! en las casullas simbólicas que recuerdan la púrpura oprobiosa del siniestro Martes. ¡Gloria! en la armoniosa Epístola que canta con grave entonación la voz del diácono. ¡Gloria! en el *Memento* solemne cuyo silencio está lleno de la majestad del Espíritu Santo. ¡Gloria! en las cabezas inclinadas de los orantes,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

cuyos rezos, con los consumidos inciensos y las derretidas ceras de los cirios, son propicios al Padre.

¡Gloria!

Y el órgano saca de sus entrañas una larga nota de triunfo, estremeciendo los vidrios, donde hay en colores apoteosis hieráticas, las piedras conmovidas hasta el alma, las miles de rodillas dobladas.

¡Gloria! al gran día de los Milagros, dicen los corazones rebosantes de fe, como vasos llenos de óleo de nardos; dicen las músicas alegres, cuyos bemoles se desvanecen en fugas de cohete; dicen los labios de las esposas y de las vírgenes; dicen las alondras y los niños; dicen los leones montaraces y los abuelos, cuyas canas son blancas como azahares; dicen las grandes aguas amargas y los manantiales; dicen las mentas del collado y los abetos encanecidos de nieve altísima; dicen las aves que viven sobre las ramas y las raíces que están debajo de la tierra; y las campanas con su profunda palabra metálica, claras, claras, claras, claman desde las torres: ¡Gloria!

* * *

Gomorra despierta de su muerte, toda ennegrecida de un carbón secular, embozada en ceniza, con los pies calcinados por el betún fundido. Ríe la ciudad de los Júbilos, ríe entre sus encajes contaminados de lujuria, ríe á pesar de Babilonia, á pesar de Nínive, á pesar de Jerusalem.

Achab no oye á Elías, y no obstante, hace siete años que la tierra de Israel está enjuta, porque no refresca su polvo la lluvia del Señor. Ezequías se querella de Senacherib ante las aras; Jeremías llora sobre el desconsuelo de las ruinas cercanas. Daniel conjura á Baltasar, ebrio en el regazo de las concubinas de seno blando como el plumón de las almohadas nupciales. Job, sentado entre las boñigas del aprisco, está escribiendo sentencias misteriosas en la hoja de estaño.

¡Oh, Gomorra! ¡oh, ciudad maldita! despierta y pon tu oreja al eco de los anuncios del cielo.

En la otra margen del Jordán están acampados los filis-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

teos. Sobre los montes, con las águilas, está la bandera de los hombres fuertes. Las langostas vienen en mangas, traídas por el viento de Dios sobre los pastos de tus campos. Ahí están los cuervos; ahí está la Abominación de los últimos días.

Tus linos tienen olor de concupiscencia; tu boca es de lascivia; tu seno es de carne de víbora; tus ojos son de pecado; tus manos y tus pies son como hoces que siegan todas las hierbas; tu vientre está hinchado de injusticia.

Eres hermosa, y á tus plantas hay holocaustos de mirra. A tí vienen, trayéndote los ungüentos delectables y los vinos, las velas de las naciones. Los hombres del Norte y los hombres del Este, los hombres del Sur y los hombres del Oeste, enderezan hacia tí la aguja de sus brújulas Eres reina, reina y señora engalanada de seda que hilaron los preciosos gusanos de la tierra amarilla; y son de esmeralda y filigrana tus zarcillos, y es de oro fregado por manos esclavas tu diadema.

Los cándidos corderos caen ebrios del olor de tus almizcles. Las vírgenes miran con ojos de codicia el bermellón de tus mejillas. Los sacerdotes han sumergido sus manos consagradas en la prostitución de tus sábanas; su olfato halla deleite en el aroma de tus cabellos plagados de tiña. Tus sandalias han dejado en la tabla de los tronos huellas de mugre.

Ríe ¡oh, ciudad! goza del escarnio de la Ley, sentada en la esquina del arrabal, ofreciendo con besos de mancilla tus labios al arriero que viene de los campos guiando su recua de pollinas.

Canta ¡oh, ciudad! canta tus himnos con salterio y címbalo. Danza ajustando á tu pulgar los crótalos que suenan sobre la humillación de las canas; rasga tus púrpuras, para la desnudez de las ceremonias idólatras que saben las mujeres idumeas, y aquellas otras del país de Persia.

No mires las nubes incendiadas de resplandores de azufre. No mires el horizonte, donde el cometa rojo encorva su cola como un corcel que gallardea el trote de las batallas. No

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mires las tumbas en que están los huesos santos. No oigas ese viento sonoro como el rumor de muchas lenguas.

Ayer un águila negra partió en dos el cielo volando de Oriente á Occidente. Y la llama del sagrado aceite se puso pálida y fija como el ojo de una res recientemente degollada. Y un anciano estaba con el dedo puesto sobre el libro de los siete sellos. Y era triste de toda tristeza, su cara; triste como las ruinas despobladas que reviven en el misterio de los plenilunios.

* * *

—¡Oh, ciudad! Yo tengo para tí guardada la misericordia. Mis manos son como azucenas y rascaron el lomo de los perros, que aplacaban en la corteza de los troncos la comezón de su sarna. Mis ojos tienen limpieza de agua pura de fuente, y lloraron sobre las llagas añosas, lágrimas de una santa medicina. Como cáliz de propiciación es mi boca, y pronunció palabras de perdón sobre el escarnio de las pecadoras. Más sagrada que el velo del Altar es mi túnica, y está sahumada por el perfume de las manzanas que los niños me trajeron de ofrenda.

Dobla tus rodillas, ¡oh, Gomorra! Cuelga de tus hombros el saco de penitencia, tejido con el pelo rojo de las camellas. Echa sobre tu cabeza la ceniza de los sacrificios. Unge las palmas de tus manos con aceite de bendición.

Que tus párpados de rosa escaldados queden por el llanto. Que tus labios floridos sean quemados por un áspero vinagre. Que tu carne se arrugue mordida por los cilicios.

Que tus manos empuñen la vara espinosa de las disciplinas. Que las aras sean purificadas, y la tierra del pecado esterilizada quede por la sal. Que el brazo de tus varones ocupado esté por el bordón, y el lecho de tus mujeres sea rociado todas las noches con agua lustral. Que tus umbrales sean de hospitalidad y tus alcobas sin puertas de doble cerrojo. Que tu pan sea grato á la boca del hambriento y colmada esté siempre de agua generosa la arcilla de tu cántaro. Que los velos de tus hijas sean para las heridas como paños

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de gracia. Que la sombra de tu higuera no esté encerrada en cercos, ni la ubre de tu vaca muñida sea por manos de alquiler. Que los pájaros piquen sin temor tus espigas, y las culebras duerman quietas en el rescoldo de tu hogar, y las arañas pongan sus telas en el ángulo de tus paredes, y las golondrinas empollen en el alero de tu tejado. Que la sandalia cómoda para tu pie, se ajuste también á la horma del pie de tu hermano, ¡oh, ciudad! porque yo soy el Espíritu de Verdad que viene al colmarse los Tiempos, á traerte estas palabras de El Padre.

Los machos cabríos han invadido el redil de mis corderas. Las turbas aúllan en la puerta del Patriarca, apeteciendo querubines. Manchada está la tierra, y los cielos estremecidos por el lamento de las viudas, y violadas por los hombres la pureza de las estrellas.

Ayer un águila negra partió en dos el cielo volando de Oriente á Occidente.

¡Apresúrate, oh, Gomorra, oh, ciudad maldita! Rebaja la cúspide de tus torres y apaga el fuego de tu tabernáculo.

Viste de blanco tus vírgenes y pon ramos de lirios en la mano de tus adolescentes.

Enciende leña olorosa en tus incensarios y exprime olivas maduras en el hueco de tu lámpara.

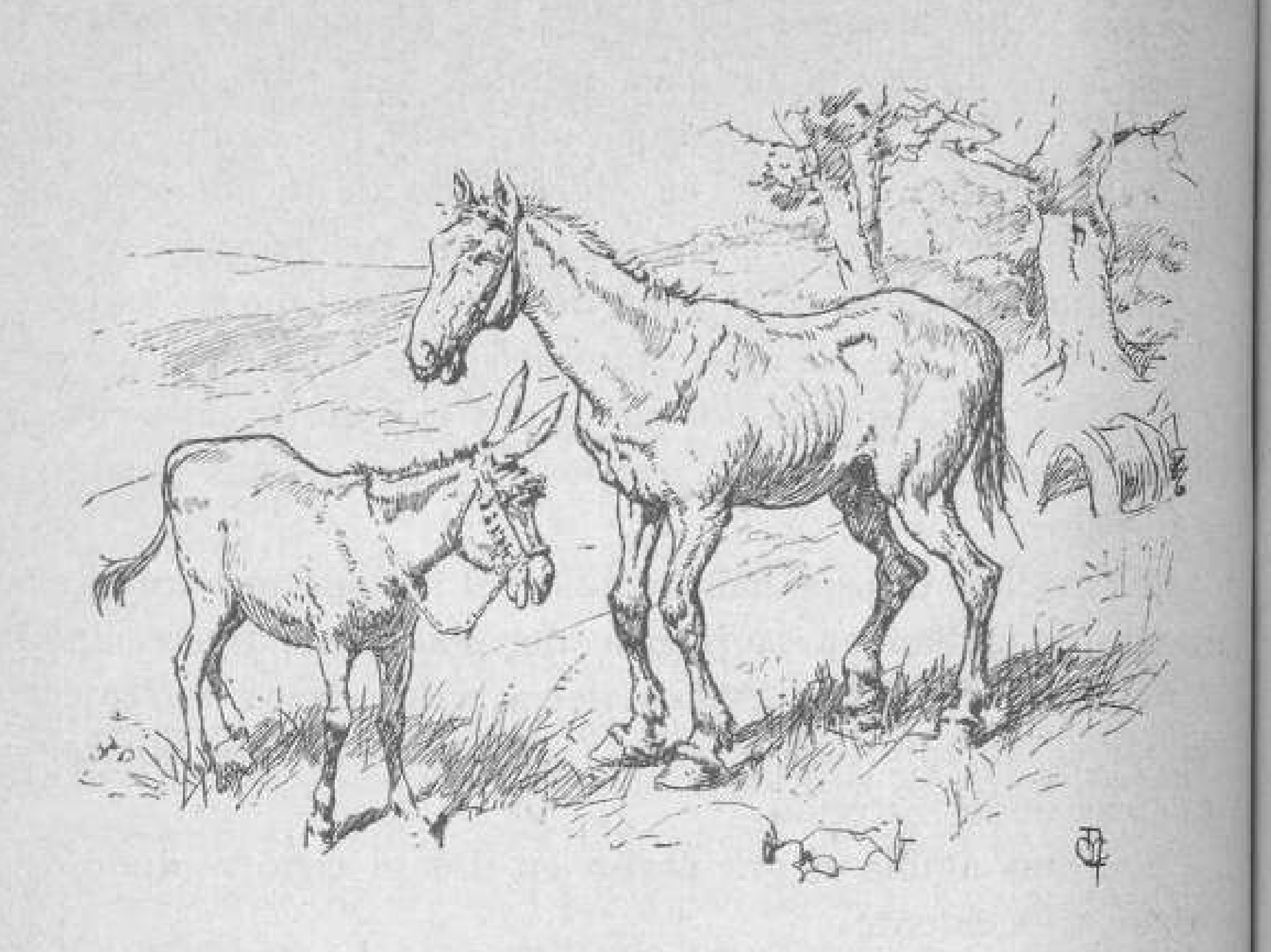
Porque he aquí que las puertas de la Gloria están prestas para recibir á Jesús resucitado.

Y los querubines con sus setenta pares de alas abiertas, desenvainan sus espadas de gloria, y la Virgen Madre pasa con el pecho herido por siete puñales, y pasan las vírgenes, y pasan los patriarcas que estuvieron en el seno de Abraham durante un éxtasis de dos mil años, y pasa el Rey Jesús bendiciendo con sus manos traspasadas de heridas, luminosas como excelsa púrpura de emperadores, hacia el Trono donde está el Padre sentado sobre la Eternidad, con su barba blanca como un vellón de espuma del mar, con sus ojos inmensos resplandecientes de la Divina Gracia.

Leopoldo Lugones.

Buenos Aires, 1896.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



ROCINANTE Y RUCIO

RUCIO.—Bien se conoce, Rocinante amigo,
que estáis de aquesta vida ya cansado.
ROCÍN.—Viérame con más gusto sepultado,
que de más desventuras ser testigo.

RUCIO.—No comparéis al vuestro mi castigo.
ROCÍN.—No mire el vuestro al mío comparado.
RUCIO.—De hambre y de sed estoy aniquilado.
ROCÍN.—De sed y de hambre que me muero os digo.

RUCIO.—¡Oh frescos prados, pastos abundosos!
ROCÍN.—¡Oh claras fuentes, puras, cristalinas!
RUCIO.—¡No vuestros frutos comeré sabrosos!

ROCÍN.—¡No vuestras aguas beberé divinas!
RUCIO.—¡Males de nuestra vida numerosos!
ROCÍN.—¡Suerte, que á tales males nos destinas!

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ

Montevideo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA ROMANA

Res gestæ, regumque, ducumque, et tristia bella,
Quo scribi possent numero, monstravit Homerus.
HORAT. ART. POETICA.

Homero enseñó en qué clase de versos podrían escribirse los hechos de los reyes y de los capitanes y las guerras tristes.

CAPÍTULO I

SUMARIO: Situación y primeros progresos de Roma después de su fundación. —Notable vicio en su organización social. — El pueblo es convocado.— Arenga de Rómulo. — Plan que se propone al pueblo. — Aprestos para la ejecución de los proyectos del monarca. —Nueva asamblea del pueblo.

Dos ó tres años hacía
que estaba fundada Roma,
y en la naciente ciudad
iba todo viento en popa.
Ya había alcalde ordinario,
que lo era Torcuato Cotta;
el ayuntamiento estaba
establecido, y á la obra
de la Escuela y el Cabildo
le faltaba poca cosa.

Sólo una cosa faltaba
en la ciudad, una sola,
cosa por la que á los hombres
se les hace agua la boca,
si falta, y que apenas llegan
á conseguirla, les sobra.
Quiero decir que no había
mujeres; y si la historia
dicho tan inverosímil
no abonara como abona,
yo temiera se tomase
lo que estoy diciendo, á broma.
No tenían los romanos
quién les guisara la olla,
quién un botón les pegara,
quién manejara la escoba,
quién les hiciera un pocillo

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de chocolate; la ropa
estaba siempre los sábados
sin almidonarse y rota.
Tenían criados varones,
canalla puerca y ladrona,
y respondona y soberbia,
que pierde el tiempo, que roba,
que se huye y le deja á uno
solo á la mejor de ropas.
Hasta se cuenta que Rómulo
tuvo una vez, entre otras,
que hacer él mismo su cama
y que cepillar sus botas.



Era el estado de célibe
estado normal en Roma:
cuando para declarar
es llamada una persona,
se le pregunta su estado,
si la acción pasa en Colombia;
pero en Roma esta pregunta
era una pregunta ociosa.

Estaba todo en tal punto,
cuando Rómulo convoca
una tarde á los romanos

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y les habla en esta forma:
—«¡Quírites, esto no es vida!
¿Tal situación quién soporta?
Hacernos de bello sexo
es preciso á toda costa.
Yo les pensaba mandar
decir á las Amazonas
que de vuestras dos naciones
hiciésemos una sola,
con lo que acaso pudiéramos
remediarnos unos y otras.
Pero luego he discurrido
que era una cosa muy tonta
llenarnos de marimachos,
gente *murciélaga* y *frondia;*
y á fuerza de cavilar,
he inventado una tramoya
que ha de darnos mucha fama
en las edades remotas.
Mas, como exige reserva,
no os la diré por ahora.
Hoy os bastará saber
que, lo que á vosotros toca,
es disponer unas fiestas
de tanto aparato y pompa,
que se hable de ellas un año
diez leguas á la redonda.»
Oyendo esta perorata,
todo el pueblo se alborota,
y á hacer sus preparativos
no hay nadie que no se ponga.
El Cabildo parroquial
las sumas precisas vota;
el área de la plaza
se remata en catorce onzas;
se comienza á hacer tablados
y toldos, que es una gloria;
los bisbises se previenen,
se aprestan las cachimonas,
no queda cebón en pie
ni viva marrana gorda;
pónense á la obra los sastres,
los zapateros las botas;
Brandy por mares se vende,
por Orinocos la aloja,
el anisado por Niágaras
y el vino por Amazonas,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mas los que venden todo esto,
al pedir echan por copas.

Para comenzar las fiestas
se han señalado las nonas
de Julio, y para ese día
(notable luego en la historia)
se convida á los sabinos,
para que, con sus esposas,
sus hijas y sus hermanas,
sus sobrinas y sus novias,
y sus nueras, y sus suegras,
y con todas, todas, todas
las mujeres de Sabinia,
vengan á fiestas á Roma.
Cuando la época fijada
va hallándose ya muy próxima,
á convocar para un *meeting*
el viejo Rómulo torna,
á fin de que los romanos
del oculto plan se impongan.

CAPITULO II

SUMARIO: Afluencia de extranjeros á la ciudad. — Pintura de ellos. — La población se agita — Espectáculos públicos. — Desacuerdo en que se hallan algunos historiadores. — Crisis. — Combate dentro de la ciudad. — Sus resultados.

Dóciles los sabinos al convite
que para fiestas les hiciera Rómulo,
ya en grandes caravanas, ya en pequeñas,
á Roma van llegando poco á poco.
En yeguas aguilillas valonadas,
con rico jaquimón, cuyos adornos
en la frente del bruto hacen una equis,
como se usaban en el año de ocho;
En su sillón de plata guarnecido,
todo forrado en terciopelo rojo,
con su galón de cuatro dedos de ancho
recamado espaldar y guardapolvo;
Con su sombrero alón de barboquejo
y pañolón plegado sobre el rostro,
hacen su entrada, orondas, las abuelas,
con aire sosegado y majestuoso.
De corpiño ajustado, de velillo,
y arrastrando los luengos faldistorios,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

vienen las niñas y al entrar se llevan
de los romanos que las ven los ojos.

En caballos herrados, bailarines,
con ruanitas de seda entran los mozos,
y hacen saltar el caño á los caballos,
y enarcar el pescuezo y dar corcovos.



En mulas y con jáquimas tejidas
de prolija labor, sin tapaojos,
con zamarros de tigre y retranca ancha,
vienen los viejos á pasito corto.
Pellón de cuatro borlas trae alguno,
ruanas con flecos y paraguas otros;
y el pañuelo que cubre las narices
(embrión de la bufanda) casi todos.
Gran movimiento la ciudad anima;
sabinos y sabinas vense á rodo;
y las postreras prevenciones se hacen
con grande diligencia y alboroto.
La gente moza fragua bailecitos;
en la plaza y las calles ponen bolos;
mientras, para ir aprovechando el tiempo,
los jugadores juegan que es un gozo.
Conforme á lo prescrito en el programa
que publicaron con chinesco y bombo
por toda la ciudad, se da principio
la noche de la víspera al holgorio.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Con candiles de sebo y trementina
ilumínanse plaza y Capitolio,
y hay vaca loca, y hay maroma y fuegos,
patriótica canción y cuatro globos.
Estuvieron las fiestas al principio
tan buenas como estar entre nosotros
suelen, en los periódicos descritas,
cuando describen fiestas los periódicos.
Hubo fuentes de chicha en los encierros
y muchas colaciones y bizcochos
hechos por reposteros italianos,
que son los reposteros más famosos.



La tropa hizo despejo por las tardes,
y se corrieron los mejores toros:
de éstos, algunos eran jarameños,
conejerunos y futeños otros.
Para el último día, que era el cuarto,
ó el quinto cuando más, según Suetonio,
más, que, según afirman Tito Livio
y Veleyo Patérculo, era el nono,
Se previno un encierro de disfraces,
con el que el buen humor llegó á su colmo
y en que tales figuras se iban viendo
que á los sabinos los dejaban bobos.
Vestidos iban dos de inglesas viejas:
de papalina la una, otra de moño;
otro representaba un congresista
y llevaba una máscara de loro.
De general moderno colombiano
se quiso disfrazar Aulo Sempronio,
y á fin de ser por tal reconocido,
lo que hizo fué vestirse como todos.
Cierto *pepito* se vistió de gente,
y no hubo en el concurso un solo prójimo
que, mirándole bien, podido hubiera
quién era sospechar, ni por asomo.
Un hombre rico se vistió de rico;
no se le pudo conocer tampoco;

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ni á un mozalbete elegantón y pobre
que se vistió de manta del Socorro.
En suma, hubo de todo en el encierro:
españoles antiguos, druidas, moros,
indios jauleros, viejos jorobados,
y calentanos con carate y coto.
¡Extraña variedad! Sólo una cosa
era en todos igual, común á todos:
cada uno se mostraba persuadido
de que el concurso le miraba á él solo.
Los sabinos estaban boquiabiertos
mirando los encierros, cuando al coso
metieron un novillo colorado,
cansado de correr y hacer destrozos.



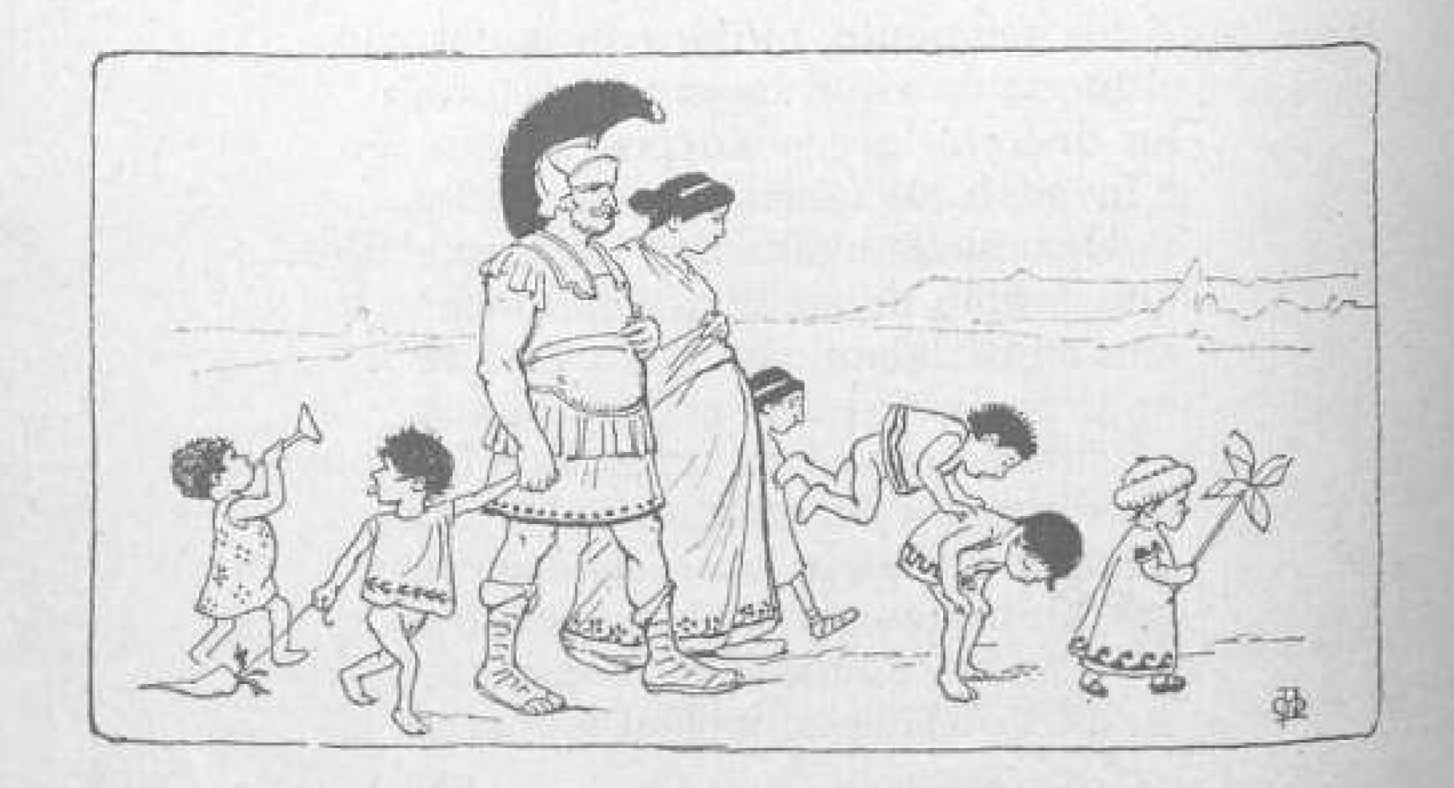
En ese punto, al dar con la corneta
el toque de «que saquen otro toro,»
los disfrazados las barreras salvan
é invaden los tablados y los toldos.
De aquella evolución, los convidados,
que debían de ser algo bolonios,
aún aguardaban, carcajada en ristre,
un desenlace de los más graciosos,
Cuando oyen con terror que los romanos
les dicen, ya sin máscara y en tono
de *aquí nadie nos tose:* «Caballeros,
las sabinas se quedan con nosotros.»
Ninguna pluma humana pintar puede
cuál fué de los sabinos el asombro

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

al contemplar aquella tropelía,
ni cuál la confusión, cuál el trastorno.
Mas pasa el estupor, y de los pechos
de pronto se apodera el ciego enojo;
los sabinos defienden sus mujeres
y se arma un zipizape del demonio.
Lucharon, pero en vano. Entre arreboles
de ópalo, y nácar, y topacio, y oro,
el esplendente sol su disco hundía
en los abismos del lejano Ponto,
Y á esa hora, de Sabinia en el camino,
ver hubiera podido algún curioso,
á la luz del crepúsculo indecisa
los sabinos pasar unos tras otros,
Sus bestias arreando, que llevaban
sillones y galápagos tan sólo,
y haciendo los estribos y los frenos,
al trotar de las bestias, rumor sordo.
Si pareció pesada á las sabinas
la chanza de las fiestas y del robo,
ó antes bien, divertida y de buen gusto,
no he podido indagar. Que poco á poco
el tiempo volador las consolase
me parece seguro: ello es notorio
que de una suerte ó de otra, con su suerte
al fin se conformaron. Testimonio
dan de su descendencia las historias,
y viven en Colombia entre nosotros
Bassani y Menegusi, que se precian
de hallar su origen en tan noble tronco.

José Manuel Marroquín.

Bogotá.



Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA TOCA DE LA ABADESA

(TRADICIÓN)

Grandes preparativos hacían las religiosas del monasterio de Santa Clara en esta muy noble y leal ciudad de los Reyes, en los primeros días del mes de Agosto de uno de los años del pasado siglo, para celebrar, con la suntuosidad en tales ocasiones acostumbrada, la fiesta de la patrona de esa comunidad franciscana, y que el martirologio romano, y hasta el Almanaque de Casimiro Prieto, designan en el día duodécimo del expresado mes.

Iluminación en los claustros, vítores, contradanzas, arbolito de fuego, entremeses y demás diversiones por la autoridad eclesiástica para solaz y entretenimiento de las monjitas y del considerable número de seglares que dentro del monasterio se albergaban, formaron lo principal del programa de las funciones que, durante ocho días, debían hacer olvidar á las dichosas habitantes de esa *puerta del cielo*, el recogimiento que dicen reinaba allí en lo restante del año.

Siete días habían transcurrido ya sin que aconteciera nada de notable, cuando una de las donadas, olvidándose del papel que desempeñaba en un entremés, obligó á sus compañeras á suspender la función. En teatrillo de convento no había consueta ni cosa parecida, que á la memoria se confiaba siempre el éxito de la representación.

La abadesa se sintió agraviada, estimando como falta de respeto á su dignidad y persona el que la actriz hubiese *aguado* la función. La queja de la superiora encontró eco en la mayoría de las monjas, y acordaron castigar ejemplarmente á la desmemoriada.

Las compañeras de ésta se empeñaron con las monjas de más campanillas para libertarla del castigo; y al fin la abadesa, cediendo en algo al reclamo, declaró que sólo en el

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

caso de que á la hora de maitines le presentara la reo completamente seca una de sus tocas, que debía lavar media hora antes, la perdonaría su falta.

Grande angustia se apoderó de las defensoras. Los maitines debían rezarse á las cuatro de la mañana, y aparte de que no es ésa la hora de la salida del sol, éste apenas si se dejaba ver en Lima en el mes de Agosto, esto es, en pleno invierno.

Pero como la obediencia vence imposibles, al decir de las religiones observantes, la donada, á las tres de la mañana, recibió de la abadesa una de sus tocas y cumplió con lavarla.

Esa noche, como ninguna del año, había llovido á cántaros, y la lluvia arreciaba á las tres; mas al dar la señal de llamada á coro, con gran sorpresa, no sólo de las clarisas sino de la ciudad entera, se vió brillar el sol en todo su esplendor.

Cinco minutos después la reverenda madre sor María Josefa Mejía, abadesa del monasterio de Santa Clara, entraba á coro con la toca, y relevaba de toda pena á la muchacha.

Las campanas se echaron á vuelo, y los vivas y cohetes aumentaron la alegría de tan extraordinario suceso.

Desde entonces las hijas de Santa Clara afirman (y no he de ser yo quien me malquiste con ellas por milagrito más milagrito menos), que anualmente en un día del mes del Agosto madruga mucho el sol en Lima, como en testimonio del milagro á que dió ocasión la toca de la abadesa.

Conste sí, que hasta ahora á mí no me consta el madrugón del sol, si bien creo á pie juntillas en el madrugón del otro siglo.

ELEAZAR BOLOÑA.

Lima, Mayo de 1896.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Nuestros colaboradores



Sr. D. Diego Fernández Espiro

DISTINGUIDO POETA ARGENTINO

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

DAGUERREOTIPO

El corazón sangriento. La cabeza
de artista por los sueños visionada.
Hosca la faz hombruna. La mirada
humedecida de invernal tristeza.

Sin ambición. Altivo en la pobreza.
En la lucha tenaz. Alto en la nada.
La fe, de Cristo. La conciencia, honrada.
Apóstol del amor y la belleza.

Así avanzo en las sombras del camino,
y mi alma vencedora del destino
sus energías mundanales mueve

Cuando, estoico soldado de la idea,
me lanzo delirante á la pelea,
Don Quijote del siglo diecinueve.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

Buenos Aires.

REMANSO

Por entre piedras, con empuje airado,
el torrente en su rápida carrera,
se adelanta hacia el río, cual si fuera
por indómita fuerza arrebatado.

De las toscas orillas rechazado,
con actitud desesperada y fiera,
hunde en espumarajos la cimera
del peñón, en su seno levantado.

Y al azotar la verdinegra frente,
muge como una bestia enfurecida
que da en la piedra con rabioso diente.

Pero pronto abandona la embestida,
y, calmado, se aleja mansamente
en rumorosa y tremulante huída...

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Buenos Aires.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EL AMOR



—¿Enamorar á Leonor?...
—¿Tan insensible es su pecho
á tanto hechizo y primor?
—Yo no *hago* nunca el amor;
prefiero comprarlo *hecho*.

EPIGRAMA

—La traducción que hizo Luisa
no tiene pies ni cabeza,
y no me causa extrañeza
que provoque tanta risa.
—No has de decir *traducción*,
si produce hilaridad.
—Para hablar con propiedad,
¿cómo digo?
—*Di-versión*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ÓPTICA DEL AMOR

Cuando viene de un *medio enrarecido*
que se llama la ausencia
á otra atmósfera más oxigenada
y por tanto más *densa,*

El rayo del amor, que es de luz blanca
y á veces muy *intensa,*
cumple las mismas leyes de la física
y á la *normal* se acerca.

Cuando á veces un rayo peregrino
un obstáculo encuentra,
viniendo oblicuamente hacia su objeto,
el amor se *refleja,*

Para formar exactamente un ángulo
igual al de *incidencia,*
que es el de *reflexión,* y algún espíritu
agonizante queda.

La luz de la ternura se propaga
en línea siempre recta,
pero suele encontrar un ser *opaco*
y entonces... se *dispersa.*

En la luz del cariño hay *manantiales*
de causas muy diversas:
el manantial del alma, y el de cuerpo
que es el de las miserias.

La imagen del amor ofrece á veces
una *real* existencia,
pero otras, por error de los humanos,
virtual se nos presenta.

Cuando la simpatía es tan naciente
que se descubre apenas
el deseo le aplica (como en física
una lente *convexa).*

Cuando de la pasión en las delicias
aparece una pena,
es una raya obscura de Fraünhofer
que el espectro revela.

Y cuando en las regiones del cariño
asoma la tormenta
una *cámara obscura* es cada alma
de lobreguez inmensa.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Si hay distinto carácter, y por tanto
los novios no congenian,
son entonces dos rayos *divergentes*
que por jamás se alejan.

Cuando existe un rival que se *interpone*,
por maldad ó imprudencia,
es un *extraño cuerpo* que en la dicha
siempre *sombras* proyecta.

Cuando la decepción llega hasta el alma
que adora con fe ciega,
el rayo del amor ya para siempre
polarizado queda.

Cuando las ilusiones de dos seres
que amantes se respetan
en el hogar terminan, son dos rayos
que al mismo *foco* llegan.

Cuando los celos ó un fugaz desvío
el alma tiene llena
de pesares y dudas, la caricia
es *mágica linterna*,

Y cuando un hombre de viril talento
teme la *interferencia*
á mujer de cortísimos alcances
por siempre se encadena.

Un extraño y curioso *polaríscopo*
que escruta la conciencia
suele ser el amor, porque descubre
su horror ó su belleza.

Adela Castells.

Montevideo, 1896.

FUNDADA QUEJA DE CIERTO DIPUTADO

Si cédulas escribí;
si sufragantes busqué;
si tanto los fastidié,
que al fin votaron por mí;
¿cómo se jactan así
de haberme, con su favor,
alzado á legislador,
cuando resulta, á mi ver,
que yo mismo vengo á ser
elegido y elector?

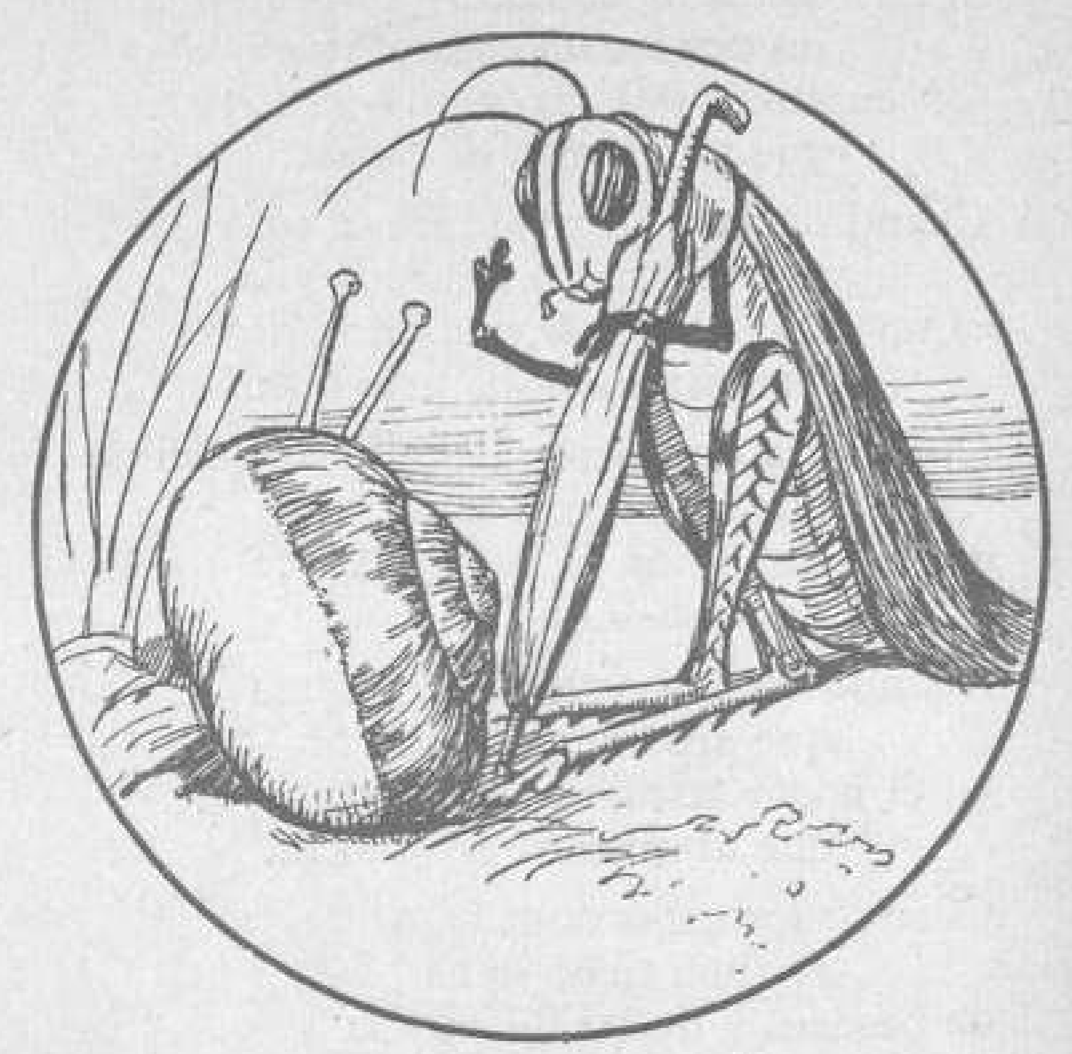
Quito.

Luis Cordero.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cuento demagógico

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



« La tormenta se acerca,— dice la humilde Langosta;— creo que obraríamos cuerdamente quedándonos en casa.

—¿Y á mí qué?—contesta el orgulloso Caracol.— Si la tormenta nos sorprende me encerraré en mi palacio.



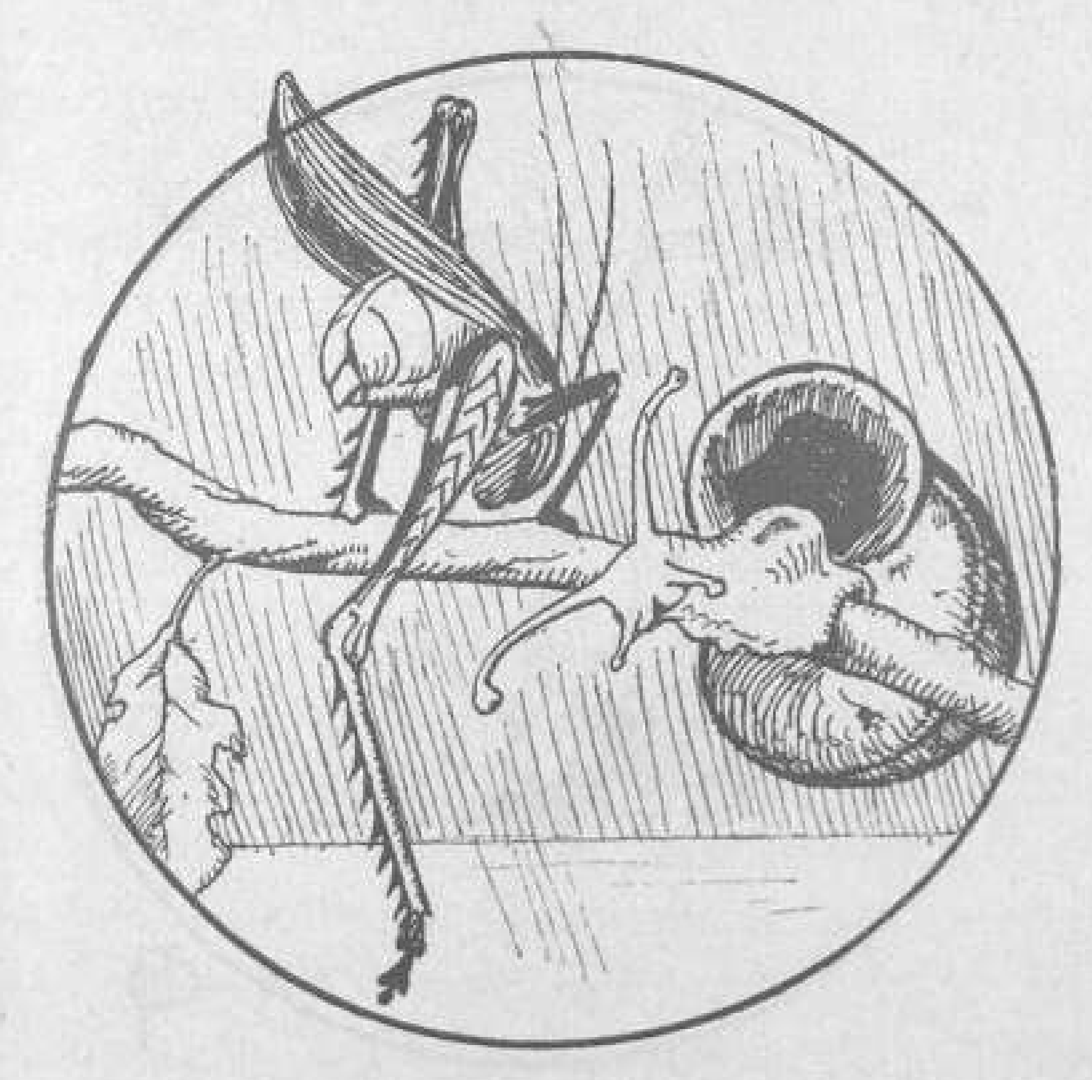
—Ya la tenemos encima, compadre.

—¿Y á mí qué? Como arrecie me encierro en mi palacio.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

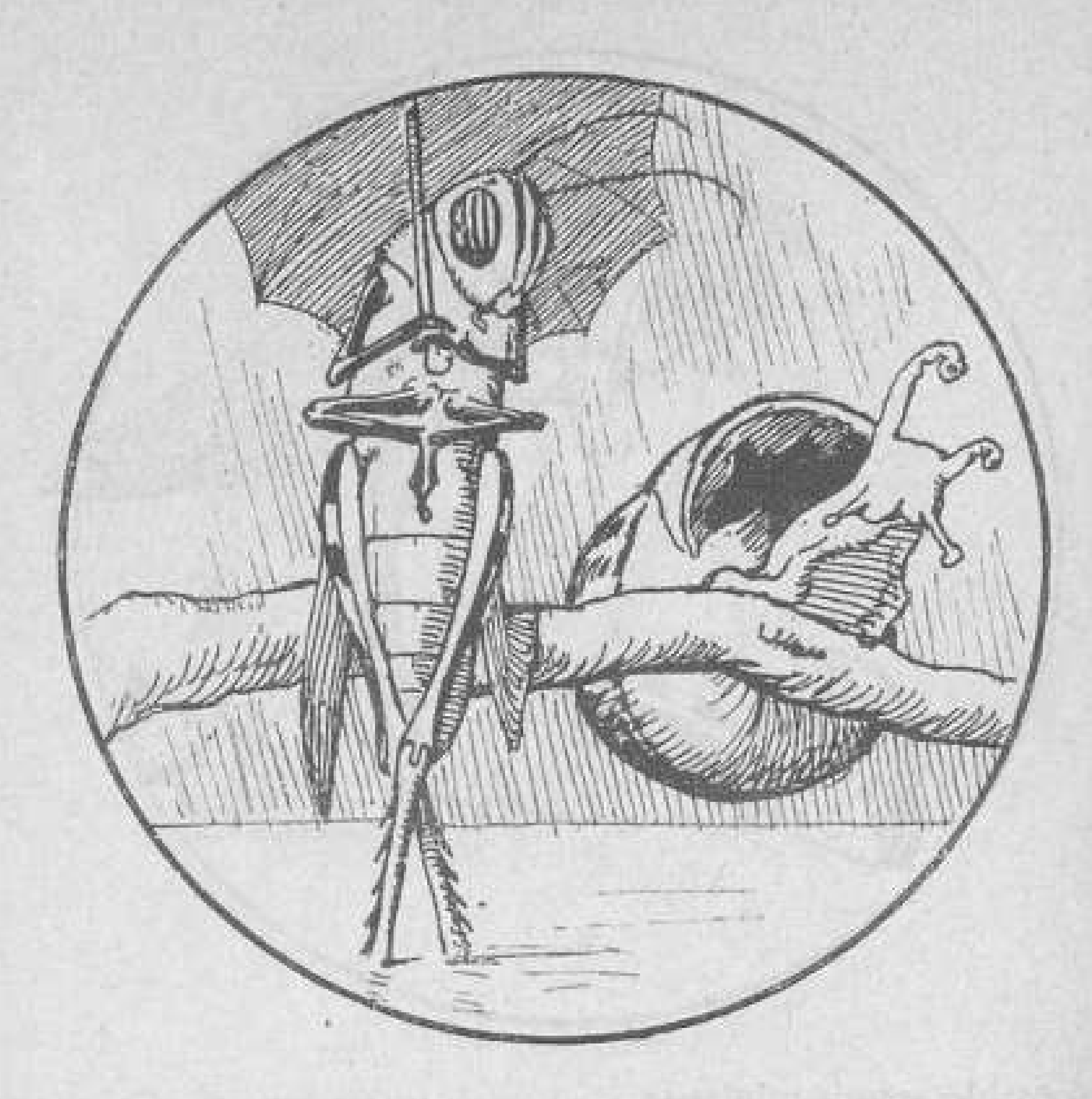


— Es imposible seguir adelante...
—¿Y á mí qué? En último recurso me encerraré en mi palacio.



—El agua sube; es preciso buscar un refugio.
—¿Y á mí qué? Yo me encerraré en mi palacio.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



— El agua va subiendo más y más; el peligro es inminente.
— Pues llegó la hora de encerrarme en mi palacio. »



Y la humilde Langosta salvó de un salto la inundación.
En cuanto al orgulloso Caracol fué arrastrado junto con su palacio.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA MUJER DEL PORVENIR

En cuanto á la mujer su instrucción no debe ser brillante. —No debe consistir en talentos de ornato y lujo exterior, como la música, el baile, la pintura, como ha sucedido hasta aquí. Necesitamos señoras y no artistas.—La mujer debe brillar con el brillo del honor, de la dignidad, de la modestia de su vida.—Sus destinos son serios; no ha venido al mundo para ornar el salón, sino para hermosear la soledad fecunda del hogar. Darle apego á su casa es salvarla. —Mientras la mujer viva en la calle y en medio de las provocaciones, recogiendo aplausos como actriz en el salón; rozándose como un diputado entre esa especie de público que se llama la sociedad, educará á los hijos á su imagen, servirá á la República como *Lola Montes* y será útil para sí misma y para su marido, como *Mesalina* más ó menos decente.

ALBERDI.

I

¿Dónde se le encontrará y cómo será ella?

Se le encontrará en todas y cada una de las mujeres —y su perfección consistirá en ser mujer y nada más que mujer, es decir, en no transmutarse, en no disfrazarse, en ser única y exclusivamente lo que Dios la ha hecho, desenvolviéndose en este molde divino hasta ser en la vida una *Diosa buena.*

La mujer puede llegar á ser la madre de los Gracos, la madre de los Macabeos; es decir, heroína de la vida que alienta y conserva los ideales divinos.

Verdadera vestal, su misión es conservar el calor del hogar, que es el calor de la ciudad, el calor de la patria, el calor de la humanidad.

Prepararla para esta alta misión, es salvarla y salvar la civilización.

La naturaleza le ha dado todos los dones propios á sus destinos, marcando en ellos la pauta insalvable de su vida.— Le ha dado la belleza, la gracia, la dulzura, la flexibilidad, la inconstancia y hasta la frivolidad, para que sea un contraste vivo del hombre y mantenga la armonía de los contrarios. La ha hecho así, para que sea una flor en el jardín de la vida y el hombre libe en ella la miel y el perfume que aromaticen y dulcifiquen la rudeza de sus destinos viriles. La alegría, la pureza, la dulzura, la templanza y la resignación deben bri-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

llar en su frente, como aureola de luz, de bienaventuranza y de esperanza, porque con la leche de sus pechos, debe inocular á la humanidad que nutre, estas celestes armonías.—Es verdad que en la teogonía andrógina de los primeros pueblos, la mujer representa el espíritu de las tinieblas, y que Brakmán, desposado con la virgen pura de la Escritura, habiendo pedido á Brakma una compañera más carnal, éste le dió una mujer de la raza de los genios malos.

Esta leyenda es universal, secular. — Es la leyenda mosaica.—Nuestra madre Eva, cuando todo era inocente y puro, pecó la primera, como la primera aparición y rebelión del genio del mal.— Este paso ligero de nuestra primera madre, nos ha expulsado del Paraíso y lanzado en todas las desventuras que apuramos día á día. — Pero ¿cómo se explica esta leyenda, este mito, esta verdad histórica? — Se explica por las mismas relaciones bíblicas del modo siguiente:—Nuestros padres Adán y Eva pasaban una vida divina en el Paraíso terrenal: nuestro padre Adán adoraba á Dios diariamente y agradecía efusivamente la munificencia de su generosidad y su largueza; pero nuestra madre Eva, arrastrada por la vanidad, no escuchando sino sus incentivos, y á pesar de los consejos y de las resistencias de Adán, quebrantó la ley divina.

Este perfil moral de la primera mujer ha pasado en herencia á todas. — La vanidad sofoca en ella la belleza y excelencia de su índole propia, arrollando, en los desbordes de su rebelión y su altivez, la paz de los hogares y los pueblos. — La Helena griega y la leyenda mitológica de la manzana disputada son el testimonio espléndido de este hecho.

Nuestra educación y nuestra literatura deben propender, pues, á cultivar el corazón de la mujer fomentando el desarrollo vigoroso de las bellísimas prendas que Dios puso en ella. Y también nuestra prensa, elemento primordial de civilización americana, debe calcar, día á día y con tenacidad, sobre este tema íntimo y caro de nuestro porvenir. — ¡Guay, si no tenemos esposas, madres, hermanas, familia! No seremos entonces más que una tribu, un pueblo nómada, sin pasado, sin presente, sin porvenir. Miguel Chevalier, visitando Norte

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

América, vió dos nubes sombrías en su cielo tranquilo, las que, años después, descargaron terribles sobre el pueblo norte-americano. Estas nubes eran la esclavitud y las tarifas, que engendraron la guerra más sangrienta de este siglo. Yo veo acá y allá la nube de la mujer maldita, cargada de tanta electricidad, que no habrá invento frankliniano posible.

FEDERICO TOBAL.

Buenos Aires, 1896.

AL SEPULTURERO

(ESTILO HEINE)

Te encargo, sepulturero,
por si muero antes que tú,
que entierres hondo, muy hondo,
en la fosa mi ataúd.

Que eches tierra, mucha tierra,
más tierra, y tierra después:
luego piedras, muchas piedras,
y encima... piedras también.

Quiero estar lejos del mundo,
tanto que no pueda oir
el rumor y la alegría
de los que aman el vivir.

Si se revive, si acaso
el Creador quisiera hacer
de mi escuálido esqueleto
la armazón de un nuevo ser;

Y te pregunta en qué sitio
me enterraste, calla tú;
calla, y no digas en dónde
ocultaste mi ataúd.

Maese sepulturero,
jura callar por tu fe...
¡Mucho me he hastiado del mundo
para que quiera volver!

CLEMENTE PALMA.

Lima, Mayo de 1896.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



MESALINA

Tus ojos vuelve á los pasados días
¡oh, mujer! y repasa en la memoria,
el tropel de culpadas alegrías
que componen el libro de tu historia.

No intentes disculparte: si amargura
en vasos de oro tu destino escancia,
¿quién si no tú rasgó la vestidura
para acortar al vicio la distancia?

Ni casto amor ni endechas cariñosas
han de encauzar de tu pasión la fuente:

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

fuera atajar con pétalos de rosas
el caudal impetuoso del torrente.

Caiste: de tus sueños virginales
ya ni gráciles ráfagas esplenden:
y brillan de tus ojos los cristales
con llamas rojas que la sangre encienden.

Tú provocas, tú incitas: impudente
das al amante en cita romancesca,
no de Julieta el ósculo inocente
sino el sensual é impuro de Francesca.

A la fuga de un huésped trashumante,
tu seno maternal horror te inspira,
y aprietas á su curva vergonzante
el áureo cinturón de la hetaíra.

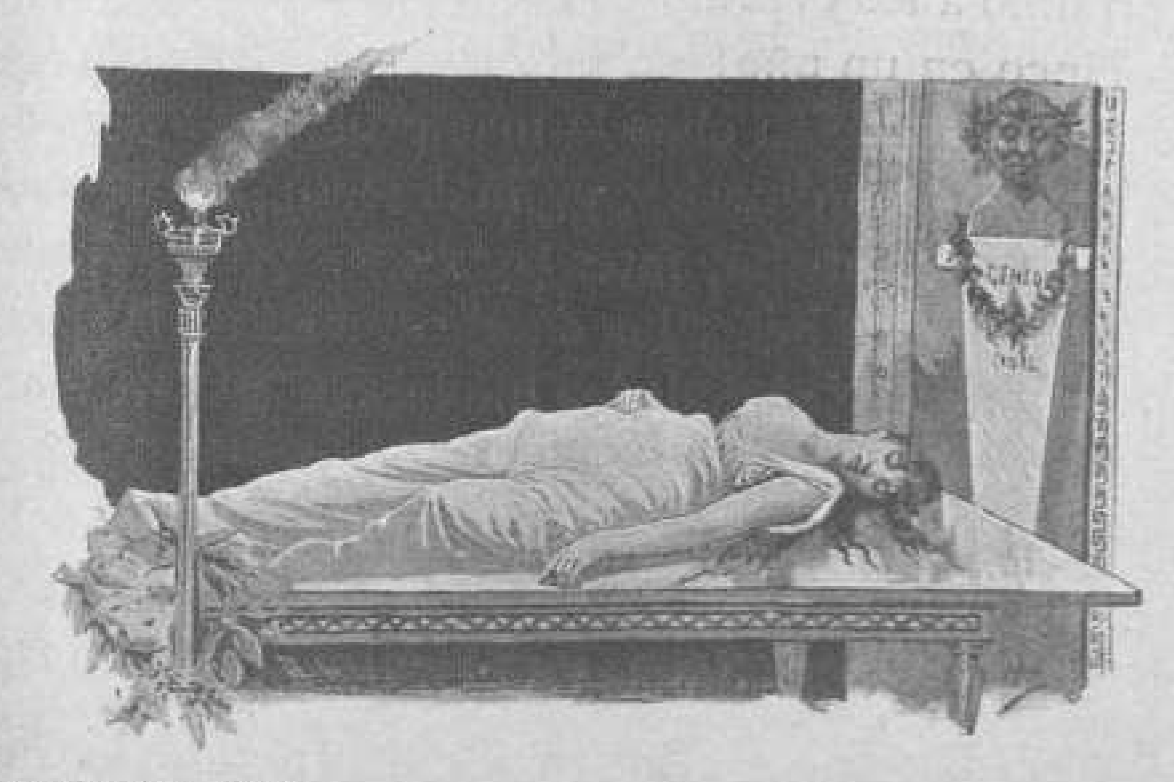
Tú con despego criminal que aterra
apartas tu regazo al pequeñuelo:
¡pobres hijos que arrojas en la tierra
á la dudosa protección del cielo!

Roto el lazo social, el deber roto,
flotas por cima del desprecio humano,
arrogante y altiva como el loto
que emerge de los limos del pantano.

¿Y hablas de redimirte? ¡Qué ironía!
Tiene surcos tu faz y tienes canas:
Magdalena era hermosa todavía
cuando huyó de las lides cortesanas.

Para aguardar la Muerte tu desecho
abre sus fauces y su vientre ensancha:
vendrá primero el numerado lecho,
después la disección sobre la plancha.

San Francisco de California. LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.



Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA DIFUSIÓN DE LAS PRIMERAS LETRAS
ES UNA CRUELDAD

(ESBOZO DE UNA CUESTIÓN SOCIAL)

A porfía se pronuncian discursos y se escriben artículos y libros para ponderar los beneficios que acarrean á la humanidad los continuos progresos de la instrucción primaria, y á porfía también gastan las naciones los recursos de sus contribuyentes en despejar las sombras de la ignorancia que envuelven el alma del pueblo. Se persigue á los padres que no mandan sus hijos á la escuela; se aumenta sin cesar el número de horas diarias y de años de estudio; se ensanchan los programas de enseñanza de las escuelas elementales, con conocimientos fútiles y de mero adorno; se inventan nuevos métodos y materiales pedagógicos y se perfeccionan los existentes; se crean *jardines de infantes* (verdaderas herejías en materia de sentido común) para encadenar la tierna inteligencia de los párvulos, desde sus primeras manifestaciones, á reglas inertes y rutinarias de viejos pedantes, que ignoran que un niño á los diez años aprende mucho más en un mes que á los cinco en un año; se edifican palacios para que la juventud pobre cobre en ellos la más profunda aversión á sus humildes viviendas ordinarias; y, finalmente, se aumentan los impuestos de los contribuyentes para costear todas esas instalaciones destinadas á hacer luz en el cerebro de las masas.

Se arguye que las sociedades modernas, gobernadas como están por la voluntad del pueblo, y no por la irresponsable de un solo individuo, como sucedía en los tiempos del absolutismo, han menester de ciudadanos ilustrados para que la composición de los cuerpos legisladores pueda efectuarse

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mediante elecciones populares conscientes. Se afecta creer que un pueblo iletrado, mejor dicho, analfabeto, elegirá para el Parlamento miembros de inferior calidad, lo que no ha de suceder con otro que esté instruído en las primeras letras. No hay nada de eso. El pueblo, letrado ó iletrado, elegirá siempre á aquellos que le sean indicados por los jefes de partido, á los cuales sigue, sea por sugestión ó por imitación, pero raras veces por persuasión. Además, las primeras letras, por sí solas, despiden poca luz, no ilustran.

Paradojal como puede parecer la idea emitida en el epígrafe, está, sin embargo, fundada en razón, como se verá cuando se la examine de cerca. Sí, la difusión de las primeras letras es una crueldad, que se comete con todos los desheredados de la fortuna, que son los que forman la enorme mayoría de la humanidad, porque les permite apreciar las condiciones desgraciadas de su existencia, comparándolas con las exuberancias injustas, y por lo tanto irritantes, de unos pocos ricos. El ignorante es relativamente feliz, porque no conoce sino un número muy restringido de deseos, de deseos elementales, que acaso puede satisfacer fácilmente. ¿En qué consiste, en resumen, la felicidad? En un quebrado cuyo denominador está formado por el número de deseos que cada uno tiene, y cuyo numerador es la cifra de los deseos satisfechos, ó la de los que es posible satisfacer. Nunca alcanza este quebrado el valor de la unidad, lo cual sería la felicidad completa, sino que dista siempre considerablemente de dicho guarismo máximo. En la gente ilustrada y pobre, es el quebrado de la felicidad muy pequeño; en la bruta y rica bastante grande, aunque nunca igual á uno. Con la ilustración crecen los deseos en una proporción mucho mayor que la suma de los medios de todo género para satisfacerlos; la felicidad del individuo decrece, por consiguiente. La escuela abre los ojos del niño ignorante sobre una porción de cosas que mortifican su amor propio y su egoísmo, y le coloca en el corazón los gérmenes de la envidia y del odio contra todos los que están mejor de fortuna que él ó sus padres. En el palacio de la escuela, donde aprende á la par de los hijos de familias pudientes muchas cosas

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

superfluas, que en su futura carrera de carpintero, cocinero, cochero ó mozo de café no le harán falta alguna, cobra aversión á su humilde vivienda paterna y llega hasta á avergonzarse de sus padres pobres, rústicos é ignorantes. La escuela mata así el afecto filial y el espíritu de modestia del niño.

Con saber leer y escribir, ¿qué sabe el muchacho del pueblo? No sabe nada. No, digo mal; posee un instrumento para deletrear ideas ajenas y garabatear las propias, si las tiene, pero no para entender lo que en lo sucesivo lea en los periódicos políticos, ni mucho menos para emitir opiniones, de que carece, sobre lo que ha leído. Yo considero la lectura y la escritura, así peladas, sin otra instrucción complementaria, como dos de las más grandes calamidades modernas, porque engendran en las clases populares á los fanáticos de la política, capaces, como todos los fanáticos, de las mayores atrocidades. Yo no creo, por ejemplo, que el asesino de Carnot, Caserio, haya cometido su horrendo crimen por obedecer á los dictados de una perversidad innata, sino que obró bajo la impulsión del fanatismo político. Se trata de un ignorante, quizá de temperamento sanguíneo, que no comprendió todo lo que había leído en los diarios, y se imaginó que matando á un hombre, mataba también la idea ó los principios que éste encarnaba. Si Caserio no hubiese sabido leer, no se le habría trastornado su tonta cabeza con los artículos de diario que no estaban á su alcance, y habría continuado siendo un buen obrero. En París se suicidó un joven llamado Boulai, *por patriotismo.* Se degolló con una navaja de afeitar. Dejó una carta en la cual decía que se quitaba la vida desesperado al ver que los buques franceses iban á presenciar la apertura del canal que une el mar Báltico con el del Norte. El pobre Boulai no podía sobrevivir á tamaña ignominia. Para este triste loco fué una verdadera desgracia el haber aprendido á leer, porque la lectura sólo le sirvió para trastornar por completo su débil cerebro, haciéndole concebir ideas tan estrafalarias del patriotismo como la que le impulsó al suicidio.

Como estos dos ejemplos históricos del trastorno que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

causa la facultad de saber leer en inteligencias escasas é incultas, podrían citarse miles de casos de la vida diaria que corroboran mi tesis. No faltará seguramente algún ingenio agudo que exclame: si la instrucción primaria obligatoria, por sí sola, no seguida posteriormente de estudios técnicos ó superiores, es una calamidad, porque trastorna las cabezas incultas, otra calamidad debe ser también, y acaso mayor, la invención de los ferrocarriles, porque los trenes pueden descarrilar y matar á los pasajeros. El caso no es el mismo. En los transportes por vapor, los beneficios reales que redundan en provecho de la humanidad son tan magnos, que á su lado desaparecen por completo los inconvenientes del escaso peligro á que se exponen los que los utilizan para ganar tiempo, ahorrar dinero y evitarse molestias. ¿Debe, entonces, suprimirse del todo la enseñanza de las primeras letras? No, por cierto. Hay que dejarla subsistente para los que puedan seguir estudios superiores, que también deben estar tan sólo al alcance de los que puedan costeárselos. La enseñanza en todos sus grados y especialidades debiera, una vez por todas, dejar de ser gratuita, porque para el individuo que puede gozarla completa vale mucho, y justo es que la pague. Dicho esto así, tan crudamente, puede parecer injusto que los hijos de los pobres, por ser tales, hayan de ser excluídos de los «beneficios» de la instrucción pública, pero bien mirado, se observará que esta injusticia existe ya, no de un modo explícito, pero sí implícito. De la instrucción preparatoria, técnica y superior, sólo pueden aprovechar los jóvenes cuyos padres se hallan en situación de instruirlos, á la necesidad de ganarse la vida por medio del trabajo remunerado. En resumen, las primeras letras, por sí solas, engendran los fanáticos de la política en las bajas clases sociales, y la excesiva producción de títulos académicos da margen á la formación de un proletariado intelectual, tan peligroso para la conservación del actual orden social, como la existencia y el continuo aumento de aquéllos. No hay bicho más peligroso sobre la tierra que el hombre instruído á medias y poseedor de conocimientos no asimilados.

Bajo el actual reinado despótico del capital, la difusión de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

las primeras letras es una verdadera crueldad, porque aumenta innecesariamente el número de los infelices y no mejora sensiblemente la calidad de los votos electorales, ni la capacidad tributaria de los contribuyentes. Cuando el capital deje de ser individual para tornarse colectivo ó social, será tal vez otro cantar.

Buenos Aires, Junio de 1896. FRANCISCO LATZINA.

ENTUSIASMO

Á JUAN A. ARGERICH

Busque en claustros obscuros el asceta
para su alma místico consuelo;
yo gozo con la vida; soy poeta
y amo la libre claridad del cielo.

Tiene para mi ser la tierra toda
inefables dulzuras y armonías,
y en el festín de su perpetua boda
triunfantes pasan mis volubles días.

Conozco los poemas encendidos
que, con casto misterio, el bosque esconde,
y al arrullo amoroso de los nidos,
como eco suave, mi canción responde.

El mundo, en mi cerebro reflejado,
en colores y líneas se transforma,
y en el ritmo gentil de un verso alado
sé encadenar la fugitiva forma.

No entre el rudo fragor de lucha recia,
con la espada, conquisto mis laureles;
nací en los valles de la antigua Grecia
y están mis labios destilando mieles.

Tú sola ¡oh vida! ¡inagotable vida!
¡foco inexhausto de hermosura y calma!
Eres la dulce, la inmortal querida
con cuyo amor iluminé mi alma.

¡Nada temo de tí! Si obscura nube
llega á envolverte en importuno velo,
más alto que ella mi esperanza sube
para bañarse en el azul del cielo.

Por eso canto, y mi canción jocunda
á los amantes corazones llena,
¡oh vida colosal, vida fecunda!
como las madres, generosa y buena!

Buenos Aires. DOMINGO D. MARTINTO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



CRÍTICA MENUDA [1]

AL NOTABLE PIANISTA ITALIANO CÉSAR CORBELLINI

¡Qué costumbre impertinente!
No se puede tolerar
ese afán de criticar
á todo bicho viviente.
¡Mire usted que hallar placer
en sacar falta tras falta!
¿á quién demonios no exalta
y no hace en cólera arder?
Criticar sin ton ni son,
no dejando á nadie ileso,
es propio de hombres sin seso
ni pizca de educación.
¿Quién sufre ya, voto á tal,
impasible, á esas personas
tan necias y criticonas
que todo lo encuentran mal,

[1] Composición leída por el autor en la *Colmena Artística*, de Buenos Aires.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y que gozan cuando ven
ajenas ridiculeces,
aunque las más de las veces
las tengan ellas también?
  Si le sale á uno un divieso
en algún lugar visible,
se vuelve un ente risible
y se le burlan por eso.
  Si por andar distraído
algún infeliz tropieza
y va al suelo de cabeza,
en un sitio concurrido,
al mirarle boca abajo
la muchedumbre se para
y casi en su misma cara
se ríe con desparpajo.
  Y es que con frecuencia olvida,
y en mil ejemplos me fundo,
que lo más fácil del mundo
es sufrir una caída.
  Al que es un poco hablador
le tildan de charlatán,
cuando en broma no le dan
el dictado de orador.
  Pero, ¿peca de callado,
porque el hablar le fatiga?
pues no faltará quién diga
que se ha vuelto... diputado.
  Si hace alguno la locura
de aceptarles un convite,
le someten, en desquite,
á la crítica más dura.
  Se fijan con atención
en si come mucho ó poco,
causándole tal sofoco
que acaba en indigestión.
  El ir de levita á un baile
consideran que está feo,
y no piensan, según veo,
que el hábito no hace al fraile.
  Para ser considerado,
es necesario ir de frac,
luciendo flamante *clac*,
(que es un sombrero aplastado).
  ¡Válgame Dios! ¡qué manía
de fijarse en pormenores,
causándonos sinsabores

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

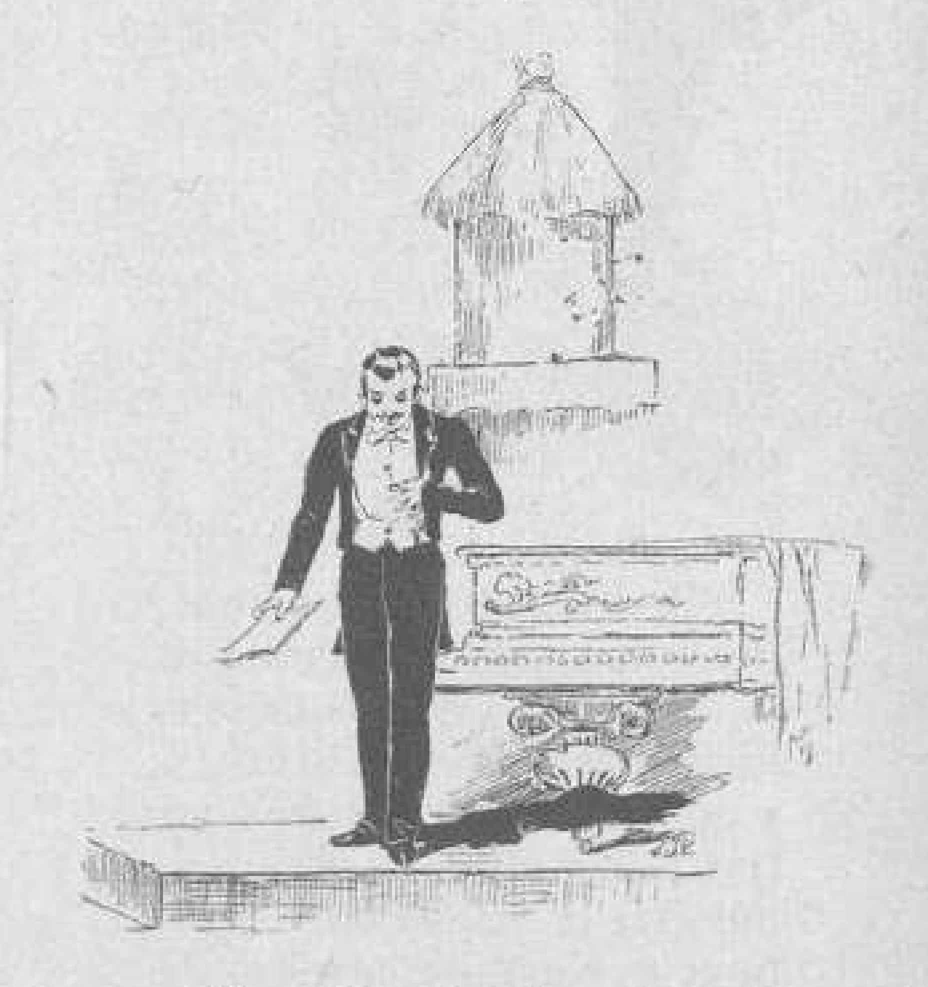
y disgustos cada día!
Porque puede darse el caso,
apremiante hasta el exceso,
de necesitar un peso,
y para salir del paso
tener que hacer el papel
de aquel chusco que contaba
que su reloj *se empeñaba...*
en no querer ir con él.



Si en algún día nublado
tiene uno miedo que estalle
la tormenta, y por la calle
va de paraguas armado,
y aparece luego el sol
tras la nebulosa hueste
que por la mansión celeste
huye envuelta en arrebol,
todo el mundo se recrea
su prudencia en criticar
y el pobre se oye llamar
endomingado de aldea.
No bien penetra una hermosa
en un salón concurrido,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

se escucha al punto el zumbido
de la gente maliciosa.
Con increíble presteza
fórmanse los pareceres,
empezando las mujeres
por criticar su belleza,
y muestran tal perspicacia
para encontrar un defecto,
que el ser más lindo y perfecto
resulta feo y sin gracia.
Si alguien cautivar se deja
por los vívidos fulgores
de unos ojos tentadores,
y en perseguirlos no ceja,
haciendo ostensibles galas
de la impaciencia que siente
porque aquella luz candente
queme sus frágiles alas,
sale la crítica pronto,
y en su despecho ruin,
le llama con retintín,
infeliz... cuando no, tonto.



Mas si temiendo su injuria
el protagonista trata
de evitar meter la pata
y anda huyendo de la curia,
la crítica, más severa,
le persigue con tesón

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y le llama ¡solterón!
que equivale á calavera.
Nadie del frío escalpelo
de la crítica, está á salvo,
que estos Zoilos al más calvo
llegan á tomarle el pelo.
Por eso yo no me cuido
de ocultar mis necedades;
tengo mis debilidades,
puesto que humano he nacido.
Y si en momentos adversos
temiera ser criticado,
no me hubiera presentado
á leeros estos versos.

VICENTE NICOLAU ROIG.

Buenos Aires, 1896.

LIMA

LIMA fué desde mi infancia
aquel albergue querido
que se sueña como un nido
blando y tibio á la distancia;
toda luz, ritmo, fragancia,
me ofrecía de sus lares
las rosas, los azahares,
la molicie voluptuosa,
y la pasión de la esposa
del Cantar de los Cantares.

Después... la ví desgraciada,
mártir la ví del destino,
y tuve, como argentino,
mi dolor en la jornada.
De Grau la enseña sagrada
se hundió en la mar sin ribera,
y yo, hundido en la quimera
de aquel ensueño tan tierno,
puse allá, en mi hogar paterno,
á media asta mi bandera.

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



—¡Qué guapa!
—¡Qué atrevimiento!
Se equivocó usted.
—Conque
¿de veras me equivoqué?
pues... crea usted que lo siento.

M.

RECUERDO

¿Qué será de mi hogar? ¡Mi hogar no existe!...
¡Aquel santuario en que exhaló mi alma
el perfume y la luz de sus creencias,
también lo han derrumbado las borrascas!...

Uno á uno se han ido obscureciendo
los astros que clarearon en mi infancia,
una á una se han ido deshojando
las rosas que mi vida perfumaban.

¡Ah, sólo tú, para mi triste duelo,
entre las ruinas de mi pecho te alzas,
como una blanca flor sobre una tumba
que vive del rocío de las lágrimas!

Buenos Aires. GERVASIO MÉNDEZ.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Bellezas americanas



PARAGUAYA

12

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

PROBLEMAS

—¡Mi querido López!

—¡Mi caro amigo!

—Pero, ¿qué es de su vida de usted?

—Como siempre, vivo consagrado á la ciencia; desde que supe por los periódicos que era sabio, no hago otra cosa; ahora busco el movimiento continuo, del que depende el porvenir de la mecánica... y de mi familia. ¿Y usted?

—Pues yo me dedico á la solución de otro problema no menos trascendental.

—¿La dirección de los globos?

—No, es algo más difícil de encontrar que todo eso.

—¿Más difícil?

—¡Ya lo creo! busco casa.

—¡Hombre! ¿para vivir?

—No, señor; antes las casas servían para eso; pero ahora los caseros no nos dejan vivir. Créame usted, recibe uno cada disgusto de muerte. Sin ir más lejos, aquí estoy yo, que en llegando el primero de mes tengo que guardar cama.

—¿Sufre usted de algún ataque?

—Sí, señor: de casero. ¿Se ríe usted?

—¡Lo dice usted con una cara!...

—Cara de circunstancias. ¿Le parece á usted que se puede hablar de estas cosas con la risa en los labios?

—¿Y le echa á usted el casero?

—No, señor; he sido yo el que me he echado á la calle, á buscar otra casa, en vista del porvenir que me está labrando mi señor propietario, con sus exigencias siempre modestas. Porque, óigale usted, y se convencerá de que la casa que me alquila no puede ser más barata y que no tengo razón para quejarme. Verdad que mis recursos escasean, y si continúa mi casero mermándolos, con nuevas exigencias, tendré que presentarme en público hecho un figurín... de los primeros tiem-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

pos bíblicos y mi mujer casi en traje... de baile, y mis hijos *al natural;* verdad es también que si continúa este estado de sitio ¡digo! este estado de cosas, tendremos que esperar, para comer, la *resurrección de la carne,* y no habrá en mi casa más puchero que los que hagan mis chiquitines, y ofreceremos un cuadro de hambre y miseria digno de ser estudiado por los



que se dedican *al desnudo;* pero á pesar de todas estas consideraciones y otras que suprimo... como estoy por suprimirme yo también, no lo dude usted, amigo López, la casa es barata y no puedo quejarme, según dice mi casero en sus momentos de expansión; es decir, en la hora psicológica de cobrar el alquiler, cuando se mete bonitamente en el bolsillo casi todo el fruto de mis sudores.

—¿Y cuánto paga usted?

—Doscientos pesos.

—Debe ser una casa grande.

—¡Oh! ¡muchísimo! figúrese usted que los fondos dan al estrecho de Magallanes.

—¿Se burla usted?

—No, señor; á veces sucede que en el primer patio se goza de un día claro, de un sol hermosísimo, mientras que en el último está diluviando, en medio de una tempestad deshecha.

—Veo que está usted de buen humor.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—Ya le he dicho á usted que es mucha casa la mía. ¡Y qué lujo! ¡cuánta moldura .. y cuánta *araña!*

—¿Y las paredes?

—Pintadas todas *al fresco.*

—¡Hombre!

—Es decir, en mangas de camisa.

—¿Conque es una casa moderna?

—Sí, señor; pero llena de ratones adultos.

—¡Vaya una plaga!

—No crea usted; no hacen ningún daño; son unos animalitos bien intencionados, ¡y con unos deseos de instruirse!... ¡devoran los libros!

—¿Y es seca la casa?

—¡Oh! ¡muy seca; como que hasta nosotros nos estamos secando!

—¿Cuántas piezas tiene?

—Diez, incluyendo una de baile que se dejó olvidada el inquilino anterior.

—¿Y tiene mucho fondo la propiedad?

—Fondo, sí; lo que no hay en ella son *fondos.*

—¿Cuántos dormitorios tiene?

—Ahora ninguno, porque es imposible dormir en verano, con la academia musical que han establecido en casa los mosquitos, en número incalculable, y que se ve concurrida como pocas. En fin, en cuanto empiezan las clases nocturnas, es cosa de no poder pegar los ojos en toda la noche. Al principio de mi matrimonio, menos mal, ¡pero después!... después nos ha faltado poco para perder el juicio. ¡Qué trompetazos y qué saña la de esos filarmónicos animalitos! al levantarnos, nuestras caras parecían cromos. Afortunadamente, hemos discurrido un medio ingenioso para evitar sus picaduras.

—¿Qué medio?

—En cuanto empieza la temporada lírica nos acostamos todos con careta.

—¡Vaya una ocurrencia!

—Y dejamos que zumben tranquilos la canción del insomnio.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¡Pues es incomodidad!

—Sí, señor; pero no puede negarse que la casa es barata.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Primero pensé pegarme un tiro; pero comprendiendo que nada se remediaría con esto, me decidí á buscar otra casa, agradable tarea á que vengo dedicándome hace meses, aunque hasta ahora infructuosamente.

—¿Y ha visto usted algunas?

—He visto varias, y en todas partes he encontrado las



mismas moderadas pretensiones. Hay propietario que me exige no sólo un alquiler incompatible con mis recursos y necesidades de otro orden, sino una fianza, á satisfacción suya y de todos sus parientes, y que corra con los impuestos, y que le saque á pasear los chicos todos los domingos. Otro se contenta con que le pague por trimestres adelantados, haga en la casa las reparaciones necesarias, me comprometa formalmente á no tener animales de ninguna especie... y le convide de vez en cuando á la ópera. Otro quiere que ponga á pupilo á mis hijos, para que no le destruyan la casa, aun cuando se la destruyan los ratones, que son los que debiera poner él á pupilo; y además, que haga en la propiedad mejoras... que para mí las quisiera. Hay quién quiere conocer mi árbol genealógico, los recursos con qué cuento, cuántas veces me afeito á la semana, en qué me ocupo, los años de mi mujer, la hora en qué me recojo, cuántos hijos tengo... y

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

si pienso continuar; en fin, una porción de impertinencias por el estilo Otro... pero, ¿á qué seguir? ¡vamos! ¡le digo á usted que hay para desesperarse!

—Pues no se desespere usted. Yo también fuí víctima de los caseros; pero para algo sirve la sabiduría.

—¿Y cómo resolvió usted el problema?

—De una manera muy sencilla. Un día ví anunciada una casa en alquiler y me fuí á encontrar á la dueña, una solterona



cuyos hechizos juveniles habían respetado los años: todavía la amplia curva de su seno, y el color de sus labios, y el brillo de sus ojos encendían en la mente pensamientos de amor.

—¿Y había quedado soltera?

—No todas las hermosas se casan.

— Continúe usted.

—Señorita, la dije, sé que tiene usted una casa para alquilar y desearía...—¿Tomarla? me interrumpió, con ese aire de magnánima protección que caracteriza á la clase.—Usted lo ha dicho, contesté con una sonrisa y una mirada que hicieron bajar los ojos á mi linda casera. — Si nos arreglamos en el precio... murmuró, sonriendo á su vez.—No hay que hablar, señorita, exclamé precipitadamente; la casa me conviene por cualquier precio. Efectivamente, dos días después me instalaba en ella; y á la semana...

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¿Qué?

—Caía de rodillas á los pies de Sara, la bella solterona, y entre suspiros de amor la confesaba mi ardoroso pensamiento. Aunque sabio, mi figura, como usted ve, no es del todo estrafalaria, y aquella mujer, náufraga de las ilusiones, que sentía irse á pique, asida con desesperado esfuerzo á esa tabla que se llama esperanza y que sólo se abandona ¡ay! para hundirse por siempre en el abismo, vió como el cielo abierto, y aun cuando el pudor selló sus labios, su confusión y sus rubores me dijeron bien claramente que no era indiferente á mi amor. Poco me costó arrancarle la confesión anhelada, y algún tiempo después Sara me daba su corazón en propiedad.

—Querrá usted decir su corazón *en propiedades.*

—Moral del cuento...

—¡Hombre, no! el cuento no tiene *moral.*

—No sea usted necio. Después de todo, yo no me casé sin amor. En Sara veía mi bien...

—Y sus bienes.

—*Todavía* nos amamos, ¡y eso que hace ya diez años que nos unimos en matrimonio!

—Bueno, pero, ¿cómo resuelvo yo el problema? porque supongo que no querrá usted que me case otra vez. ¡Qué diría mi familia! Además, aun cuando me decidiese por la bigamia, no todos los días se encuentran solteronas apetitosas... y propietarias; en cuanto se sabe que fulanita tiene algo, brotan en torno de ella los pretendientes, como las moscas en torno de la miel. ¡Ay, amigo mío! creo que no me queda más remedio que seguir buscando casa.

—Pues le compadezco.

—Y yo le envidio á usted.

—¿Porque soy propietario?

—Sí, señor; y además, porque antes que encuentre yo una casa que reuna las condiciones que deseo, es decir, que tenga aire y sol; que esté construída como Dios manda; que consulte las reglas imprescindibles de la higiene; que sea, si no lujosa, al menos decente; que ofrezca el relativo *confort* á

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

que tiene indisputable derecho el que, á costa de no pocos sacrificios, paga un interés crecido al capital; porque antes que esto suceda... habrá encontrado usted el *movimiento continuo*.

CASIMIRO PRIETO

Buenos Aires.

EN UN ÁLBUM

Á DELIA

De paz, de dicha y de virtud ejemplo,
es el risueño hogar en que has nacido;
tiene el amante júbilo del nido,
tiene la augusta santidad del templo.

Corre allí tu existencia, dulce y quieta,
por la ternura maternal mecida,
y tu padre, el camino de la vida,
te alfombra con sus lauros de poeta.

En tu belleza virginal domina
la belleza moral de un alma pura,
como lámpara de oro que fulgura
con la luz interior que la ilumina.

Hubieran colocado en tu presencia
los héroes medievales sus trofeos,
y te aclamaran reina en los torneos
los vencedores de la gaya ciencia.

Hubieras inspirado en el triunfante
acorde con que el genio el mundo abarca,
la pasión romancesca del Petrarca
y los amores místicos del Dante.

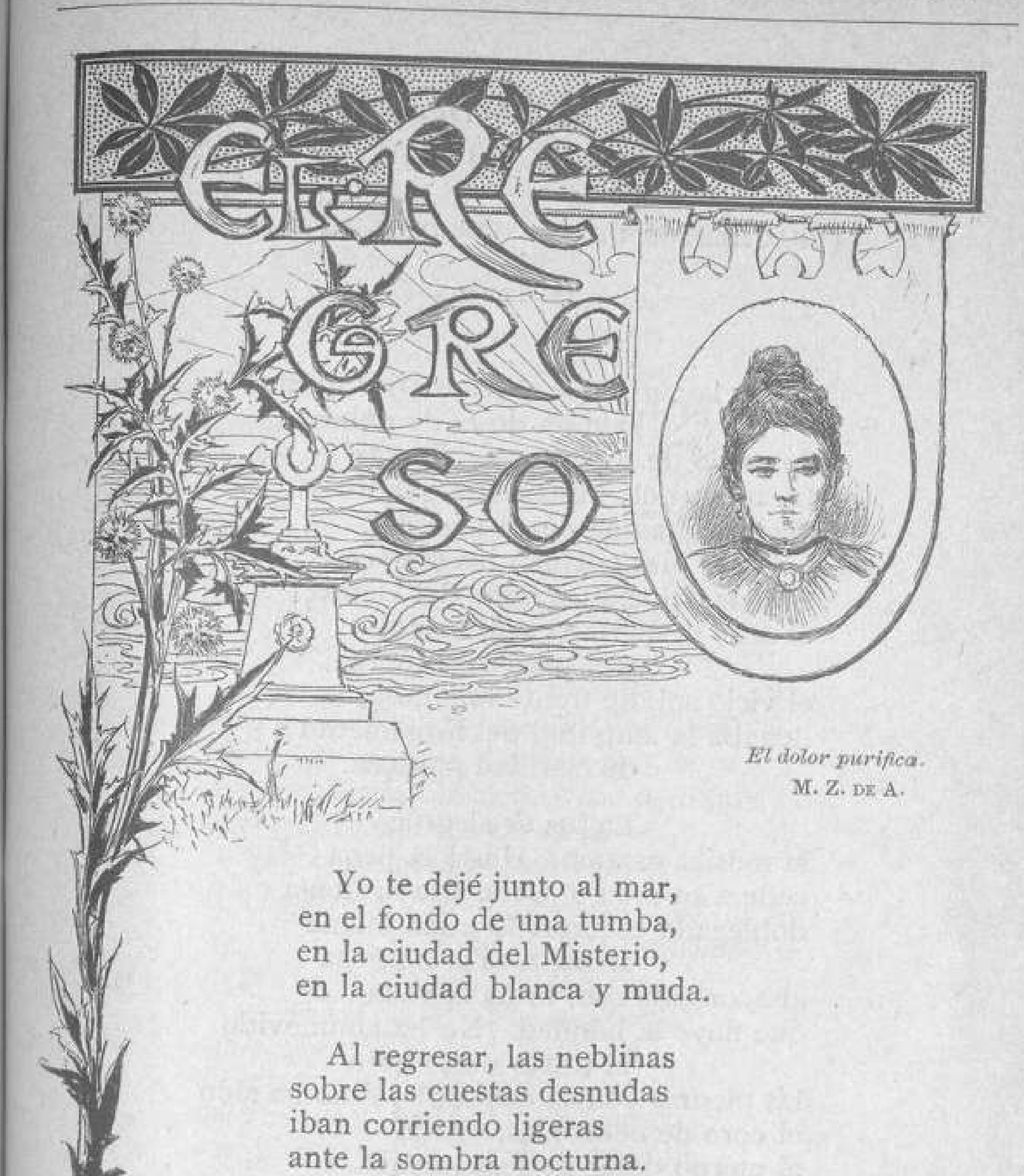
Junto á la inspiración, en tí campea
el candor de las hijas del Oriente;
se necesitan, para orlar tu frente,
mirtos de Grecia y palmas de Judea.

Tu cítara pulsando amante y tierna,
te comparaba á la gentil Corina,
y allá, en el campo, al pie de una colina,
con Rebeca en la bíblica cisterna.

Tienes las blancas alas del arcángel,
y en tu alma el genio artístico pagano,
se purifica en el ideal cristiano;
¡eres la musa transformada en ángel!

Buenos Aires. JOAQUÍN CASTELLANOS.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



El dolor purifica.
M. Z. DE A.

Yo te dejé junto al mar,
en el fondo de una tumba,
en la ciudad del Misterio,
en la ciudad blanca y muda.

Al regresar, las neblinas
sobre las cuestas desnudas
iban corriendo ligeras
ante la sombra nocturna.

Y la tristeza caía
sobre mi pobre alma mustia,
tal como sobre los campos
cae en invierno la lluvia.

Montevideo. VÍCTOR ARREGUINE.

EPIGRAMA

La mujer... ¡se entiende! hermosa,
siempre ha sido *apetitosa*,
quizá porque, en vez de arcilla,
empleó, en obra tan... costosa,
el Señor, una *costilla*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA GRACIA DE DIOS

(FRAGMENTOS DE «EL LIBRO DE MI ESPOSA»)

INÉDITO

. . . .

Era la aurora; y el buen Dios dormía
bajo un dosel de nubes
de polvo de oro, vagas y ligeras.
En torno dél, un coro de querubes
murmuraba una dulce melodía;
bajo sus pies volaban las esferas,
águilas del azul, dueñas del viento;
el orbe despertaba soñoliento;
y el patriarca del día,
el viejo sol, de frente luminosa,
llenaba la amplitud del firmamento
de claridad gloriosa.

La luz es alegría;
la música es amor. Hasta la pena
cede á su influjo. Cede á la armonía
doblegado el furor. El alma buena
siente más armoniosa
al acordado son, brota la vena
que fluye la bondad. ¿No ha conmovido
el tracio dios Orfeo
las piedras con su cántico? ¿Y no ha sido
el coro de océanides, olvido
al eterno dolor de Prometeo?
El triste que navega combatido
por los sañudos vientos del deseo
en el mar del dolor sin esperanza
oye un dulce cantar. «¿Quién lo modula?»
pregunta á la tormenta:
«¿Quién ata el lazo azul que me vincula
á la vida otra vez? ¿Y quién alcanza
á mi cansada mano la violenta,
la intrépida confianza?
¿Qué luna es esta luna que calienta?
¿Qué brazo es este brazo que me afianza?
¿Qué numen me sustenta,
qué espíritu me lanza
á la lucha otra vez por la justicia!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¿Quién le envía á mi barco esta bonanza?
¿Quién le prodiga á mi alma esta caricia?»

La luz es alegría;
la música es amor. El bello coro
de ojos azules y cabellos de oro
cantaba á media voz dulces endechas
de luz, de gracia y melodía sumas.
Y las notas, seguras y derechas,
ligeras como flechas
y tenues como plumas,
se encendían de amor hasta la llama
y entraban poco á poco
en el inmenso foco
donde la vida universal se inflama,
y en majestuosa ebullición rebosa
y anima todo lo que late y ama.

Primero el canto era color de rosa
con destellos azules;
pero así que la aurora dió á los tules
matinales un tinte de sonrojo
se encendió la canción, y sus destellos
tomaron un dorado de cabellos
de querubín, para pasar al rojo,
que es el color del beso.

Dios dormía
en la infinita calma sin defensa.
Pero, á medida que el cantar subía,
á medida que el áurea melodía
de tenue y vaga se tornaba densa,
despertaba el buen Dios y sonreía
con su sonrisa de bondad inmensa.

Sonrisa en el azul y Dios despierto.
Las encendidas notas del concierto,
cambiando de matices,
cual falenas ingrávidas volaban.
Siempre con nueva entonación cantaban,
sonrientes y felices,
los querubines de cabellos rubios,
y del cantar los mágicos efluvios,
por el éter azul se dilataban
en sonoro espiral.

Meditabundo
miraba Dios pasar mundo tras mundo,
cantando su grandeza milagrosa,
y decía:

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

«No hay rosa
sin perfume; ni tarde sin mañana;
ni mañana sin sol; ni sol sin lumbre;
ni lumbre sin calor; ni muere un día
sin llevar la creación que en él engrana;
ni vive una niñez sin alegría;
ni se pierde en el aire una armonía
antes de que halle otra armonía hermana...
Hoy quisiera engendrar una obra pía;
no una obra de castigo,
ni de mal, ni de ejemplo,—
que á fuerza de sufrir, casi es mi amigo
el hombre,—aquel insecto que contemplo
construir, dentro de un grano de mi trigo
cuyas espigas forman nebulosas
una caverna para darse abrigo
y una gran torre para darme templo,
mientras busca el secreto de las cosas
desconocidas que su vida rigen,
y cavando en las fuentes de su origen
da de manos á boca con un mono...

»A mi pesar, en su favor abono;
lo hallo más hombre cada vez; exigen
las dudas que lo afligen,
para llevarlas, torsos de titán.
Lo hallo más hombre en su valiente encono,
y yo me hallo más Dios cuando perdono
las intentonas de su heroico afán...

»A ver cómo eslabono
otro nuevo ejemplar á la de vida
infinita cadena.
Quiero hacer una cosa
gentil, dulce, serena,
adorable y hermosa,—tan hermosa
que yo la mire y me parezca buena.
Nada de cataclismos, ni arreboles
matinales, ni de hados, ni de soles;
seco está el manantial de los diluvios
y el viejo sol con un turbión se sacia.
Quiero hacer un querub lleno de gracia,—
mas no he de hacerlo de cabellos rubios
ni de pupila azul: he prodigado
en el cielo, en el mar, en las pupilas,
ese hermoso color, y ya me cansa.
La carne rubia es demasiado mansa.

. . . .

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

»Tiene en sus horas breves y tranquilas
cada tarde su afán. Tiene su broche
guardián de su pudor, cada violeta.
He dado su misterio á cada noche.
El músico, el poeta
tienen, tiene el pintor
su escala de Jacob, hecha de amor,
para llegar á mí. Pero algo falta
para enlazar con la pasión la pena;
para que la más alta
forma, la más serena,
halle en sus fiebres de creación el arte.
¡Angel de tez morena,
prepárate á reinar: voy á crearte!»

Tal dijo Dios, el sumo Dios, que ajusta
el ritmo de los mundos
con la tranquila fuerza de su mano.
Su faz tornóse grave, casi adusta,
y en sus ojos profundos
brilló la inspiración del soberano
Creador, llenando la misión augusta!

. . . .

«Por hoy descanse la materia bruta,
dijo el buen Dios al ángel de las flores.
Dame el más puro cáliz de magnolia,
y busca en lo más hondo de tu gruta
la nota más gentil de un arpa eolia,
y así será su voz.»
Aún lo decía,
y ya la flor en su poder estaba.
Dentro la flor andaba una armonía.

. . . .

Y el buen Dios, por sí mismo,
fué poniendo en el cáliz la celeste
noble mixtura de que á nacer iba
la flor-querub, la flor gentil y viva,
la flor morena, de perfume agreste.
Echó un poco de sombra del abismo
para dar el color de los cabellos,
la noche de los ojos,—
luego un poco de esencia de manzana
—que es una sal ó levadura humana—
para infundir magnéticos destellos
á las pupilas, y á la tez sonrojos;
y echó sangre de rosas escarlata
por que fuesen los labios

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

intensamente rojos,
con ese rojo que enloquece y mata.
En sus designios santamente sabios,
—¡santa superchería!—
sin duda Dios quería
prevenir los agravios
que su nueva criatura engendraría
en el coro de angélicos cantores,
y así, haciendo una flor de muchas flores
no era sino una flor lo que nacía
una flor, es verdad, que cantaría,
rica en gracias, perfumes y colores,
pero al fin, flor.
Tomó un polen de palma
para formar el talle; y una gota
de esencia de violetas para el alma.
Y de una nebulosa que iba rota
por la extensión azul del firmamento,
tomó una chispa diamantina y pura
para que al ser pasión, fuese talento.
Miró en torno buscando una blancura
para tornear los dientecillos: «Van,
dijo, muy bien las perlas de Ceylán...»
Y agregó: «¡No tenerlas
aquí á la mano ahora!»
Pero tomó unas lágrimas de aurora,
las miró con amor y fueron perlas.

Y ahora ¡oh Dios! que deshaces en pedazos
el mundo que los ciclos ha cumplido
de tus eternas leyes inmutables
y deshecho lo arrojas al olvido,
dime, Dios, si tú mismo lo has sabido,
¿con qué formastes esos divinos lazos
á un tiempo alas y brazos,—
las curvas adorables,
las castas redondeces
y las sonrisas dulces, inefables,
como bañadas en fervor de preces?
¿Qué mezcla de dolor y de terneza
te ha inspirado el perfil de esa cabeza
gentil, griega, divina,
que ya se yergue como ya se inclina
con el vago pesar de los ensueños?
¿Cuál es el mármol, el buril cuál es
con que hiciste el milagro de los pies?
¿Son, Dios artista, tuyos los diseños?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Y si son tuyos, tú, que eres tan grande,
¿cómo has podido hacerlos tan pequeños?

Tu sublime secreto yo lo ignoro
¡oh potente Hacedor! pero lo adoro.
Sé que colmado el cáliz, y presente
el divino momento,
se vió pasar por tu creadora frente
la luz de un pensamiento,
y murmuraste:
«Lo nacido es santo;
nazca la nueva flor; florezca el canto,
florezca el ángel de pupila ardiente,
negra y triste... ¡Me alegro
de esta idea lograda!
Queda muy bien el negro
en una piel de rosa té, adornada
con los matices de las otras rosas...
¡Luz, ensueños, colores,
imágenes graciosas!
¡Sed y vivid! ¡El alma de las flores
abandone la vida de las cosas!»

Las hojas de la flor que fuera cuna
cayeron á tus pies una por una,
y quedó fuera el querubín moreno
como una perla libre de su engaste.
¡Oh, buen Dios! ¡Lo miraste
y viste que era bueno
y hermoso!
¡Si lo era!...
con la gracia del talle de palmera
y con su cuello irguiéndose tornátil
sobre los globos vírgenes del seno,
modelados en pechos de paloma,
y con su boca de dulzor de dátil,
— urna de besos, rebosando aroma
como de un vaso demasiado lleno,—
. . . .
. . . .

¡Madre de Dios! ¡Qué inmensa algarabía
la que se armó aquel día
en el celeste coro
de ojos azules y cabellos de oro!
Cuando el ángel gentil de tez morena
unió al coro su canto
rebosante de gracia y de poesía,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de júbilo y de pena,
de fuerza y de pasión, de risa y llanto,
el universo entero suspendía
su rotación, herido de un encanto!
Amorosos efluvios
la plenitud llenaban de los cielos,
y se pusieron á llorar de celos
los querubines de cabellos rubios!

La sonrisa del Padre Omnipotente
se obscureció. Su plácida grandeza
pareció ensimismarse vagamente,
y el universo vió sobre su frente
la luz crepuscular de una tristeza.
Luego alzó la cabeza
y habló. ¡Todo silencio! Dios decía:
«¡Pobre criatura mía,
en cuya gracia se gozó mi mano!
¡Dios, que todo lo sabe, no sabía
que en los cielos crecía
el mal de celos, ese mal humano
de la perfidia y del dolor nacido!...
¡Nunca lo hubiera creído!...

»¡Eres gentil, y melodiosa, y buena!
¡Véte al mundo, mi amor de tez morena!
Hay en el mundo vientos de desgracia,
mas tú serás allá mi melodía,
mi rosa de alegría,
mi flor llena de gracia!
Cuando el poeta pregunte *qué es poesía*
y piense hallarla en la pupila azul,
muestra á sus ojos tu belleza extraña
y dile que se engaña,
que tú eres mi obra, mi belleza tú!
»Baja á la tierra,—yo seré contigo;
baja á calmar la trágica tristeza
de un hombre huraño, que será tu amigo.
¡En tu belleza encarno la belleza,
y te amo, y te bendigo!
¡A un signo nada más de tu cabeza
cedan y se desarmen
las cóleras del hombre!
Para llamarte yo, te daré un nombre
que inventé para tí: llámate...»

MANUEL BERNÁRDEZ.

Montevideo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Hilarión D. Moreno

(RAMENTI)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

HILARIÓN D. MORENO

(RAMENTI)

En verdad que si mi distinguido amigo don Casimiro Prieto hubiese tenido el deliberado propósito de buscar una persona inhabilitada para escribir algo que acompañe al retrato de Hilarión D. Moreno, no habría podido hallar ninguna que me aventajase en ese concepto. Debo presentársele á los lectores del ALMANAQUE SUD-AMERICANO en sus cuatro faces: de hombre, de marino, de diplomático y de músico, y para cumplir este compromiso me encuentro completamente desarmado; pues no solamente no soy su amigo, sino ni su conocido y, por otra parte, si amante fervoroso de la música, soy profano en ese arte tan justamente elevado á la categoría de divino.

Se me preguntará, tal vez, por qué, siendo así, acepté el encargo de trazar estas líneas, y debo dar la razón. Es cierto que ninguna relación me une á Hilarión D. Moreno, á quien sólo una vez y á larga distancia he visto en mi vida; que él no me conoce y que puede ser que ni noticia tenga de que habito en el mundo y en su propia tierra; pero esto no es obstáculo serio para que yo le conozca á él, y no sólo para que le conozca, sino para que le estime sinceramente y le admire. Bien es cierto que esto último es la consecuencia inmediata y natural de lo primero.

¿Quién me le dió á conocer? *Ramenti;* el autor inspiradísimo de los *Valses Boston,* que hoy han recorrido el mundo entero y que figuran, ocupando lugar preferente, en todas las bibliotecas de cuantos rinden culto á la música y aman en ella lo original, lo nuevo y lo bueno.

Sí; escuchando los *Valses Boston,* embriagándome con sus dulzuras inefables, abstrayéndome de cuanto me rodeaba hasta llegar á profundizar y comprender el lenguaje misterioso de sus sentidas frases, *Ramenti* me hizo conocer, no de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

cuerpo entero sino (permítaseme la frase) «de alma entera» á Hilarión D. Moreno.

Sus composiciones musicales me hicieron ver en él un artista, en la más elevada acepción de la palabra; uno de esos hombres excepcionales á quienes el mundo llama soñadores, porque, incapaz de comprenderlos, toma en ellos por ensueño lo que es don divino de poder contemplar el *más allá* de lo que es dado apreciar al vulgo de los mortales; un ser nacido para el arte y para quien el arte es algo necesario é ineludible, sin lo cual su espíritu, como el de Garibay, vagaría en el espacio sin rumbo ni destino y ni tendría su existencia razón de ser.

Eso es lo que me hicieron ver en Hilarión D. Moreno los *Valses Boston* de *Ramenti*. Eso lo que supe al escucharlos. Y ya sin conocer su persona ni todavía su verdadero nombre, le quise y le hice mi amigo.

Más tarde supe de él algo más; algo que nunca la audición de sus composiciones hubiera podido revelarme ni hacerme sospechar siquiera, y que trocó mi afecto en admiración y en asombro. Supe que *Ramenti* era un joven llamado Hilarión D. Moreno, el cual, lejos de poseer, como yo suponía y como supondrá quien sin conocerle oiga sus *Valses Boston*, vastísimos conocimientos, no sólo en el arte, sino en la ciencia musical, carecía en absoluto de ellos; tan en absoluto que para poder descifrar la más sencilla lección de un método de solfeo tendría que hacer tantos y tan inútiles esfuerzos como un aldeano á quien se quisiera obligar á traducir los jeroglíficos de la sala de Karnak ó de los speos de Ibsambul.

El hombre que tan bellísimas y originales melodías sabe crear, el que juega con la armonía dando grandeza, vida y expresión á sus composiciones con los más hermosos y atrevidos acordes, no ha estudiado jamás la música, no tiene de ella ni nociones rudimentarias.

Fué para él ese arte uno á modo de lenguaje infuso cuyo conocimiento nació con él, porque formaba parte de su alma; y desde un principio, y tal vez sin que se diera de ello exacta cuenta, le sirvió para dar forma sensible, para expresar lo que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

su privilegiado espíritu contemplaba en esas regiones á que sólo llegan los que tienen el sentimiento del arte; lo que no es posible expresar con palabras de ningún idioma porque no pertenece al mundo material ni tiene con él ninguna relación.

Hilarión D. Moreno nació en Buenos Aires, y, huérfano desde muy joven, halló en sus hermanos don Baltasar y don Enrique sus segundos padres. Su deseo hubiera sido dedicarse al estudio de las artes y especialmente de la música; pero su familia, mirando por su porvenir, le hizo seguir la carrera de la armada. La comenzó teniendo por maestro y guía al teniente de navío Piedrabuena, acabado modelo del perfecto *lobo de mar*, quien le hizo recorrer los mares del Sur y conocer palmo á palmo, en sus repetidos viajes, la costa entera de la República Argentina.

Para completar sus estudios, pasó á España é ingresó en la escuela naval de San Fernando, en la que terminó con brillantez su preparación, entrando á prestar servicio á bordo de la fragata de guerra *Asturias*.

De regreso en su patria, continuó algún tiempo sirviendo en la armada, de la que se separó después por algún tiempo para abrazar la carrera diplomática, más en armonía que la del mar con sus aficiones y su modo de ser.

En Montevideo y Río de Janeiro, primeramente, y en Méjico después, desempeñó el cargo de secretario de la Legación Argentina, haciéndose acreedor á la gratitud de su gobierno, y captándose las simpatías de cuantos tuvieron la suerte de tratarle. Actualmente se halla en Roma, la madre del arte, la ciudad de sus anhelos, á donde ha ido en calidad de agregado militar á la Legación Argentina.

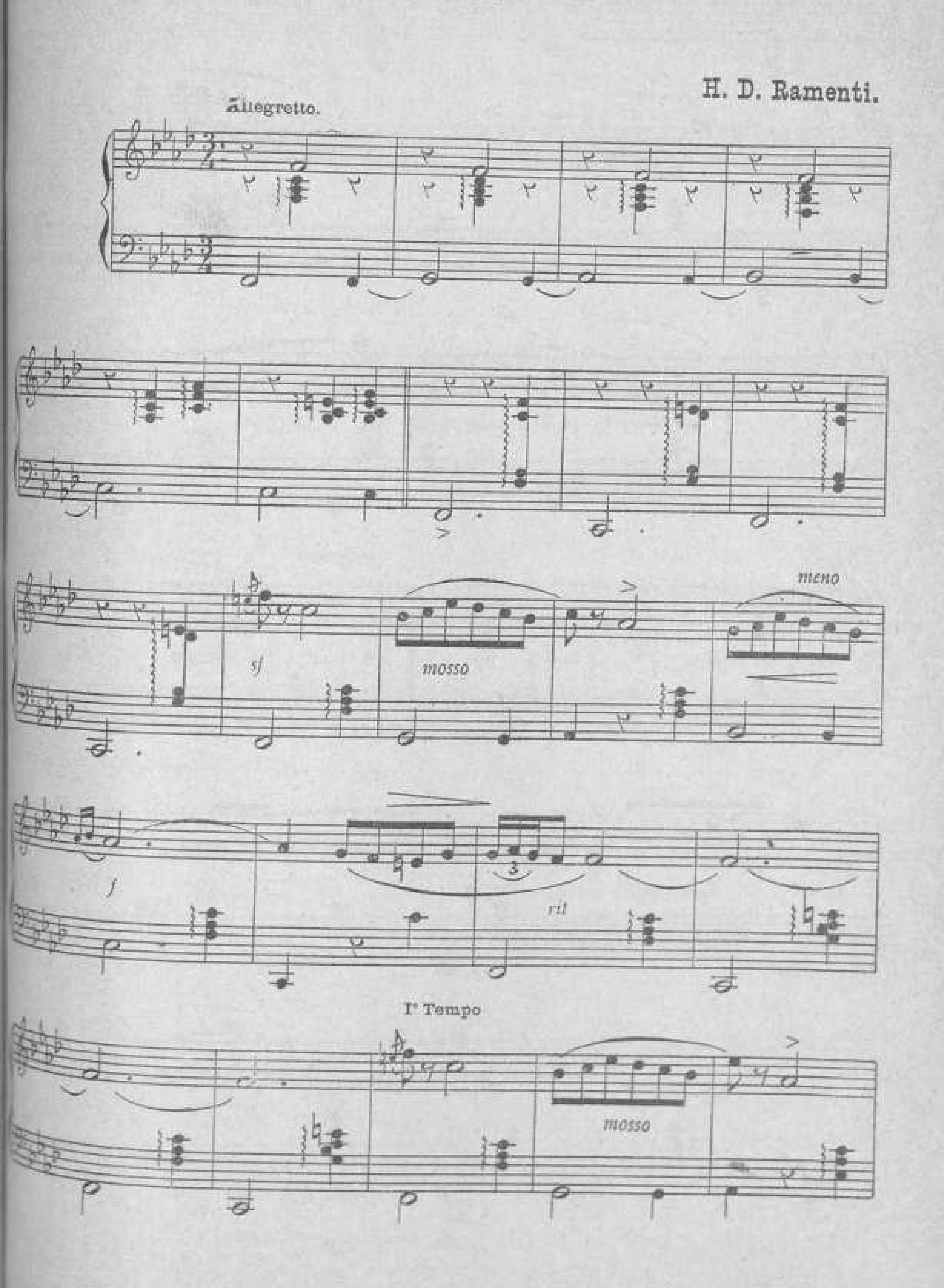
Repartida su vida entre los estudios y prácticas navales y las notas diplomáticas, no tuvo tiempo para instruirse en la música, si bien es cierto que no le fué necesaria esa instrucción para llegar á ser, como compositor y, lo que es casi más asombroso, como ejecutante, una notabilidad.

Cuando muchacho intentó algunas veces estudiar el solfeo y el piano, dedicando al efecto sus ocios; pero su familia
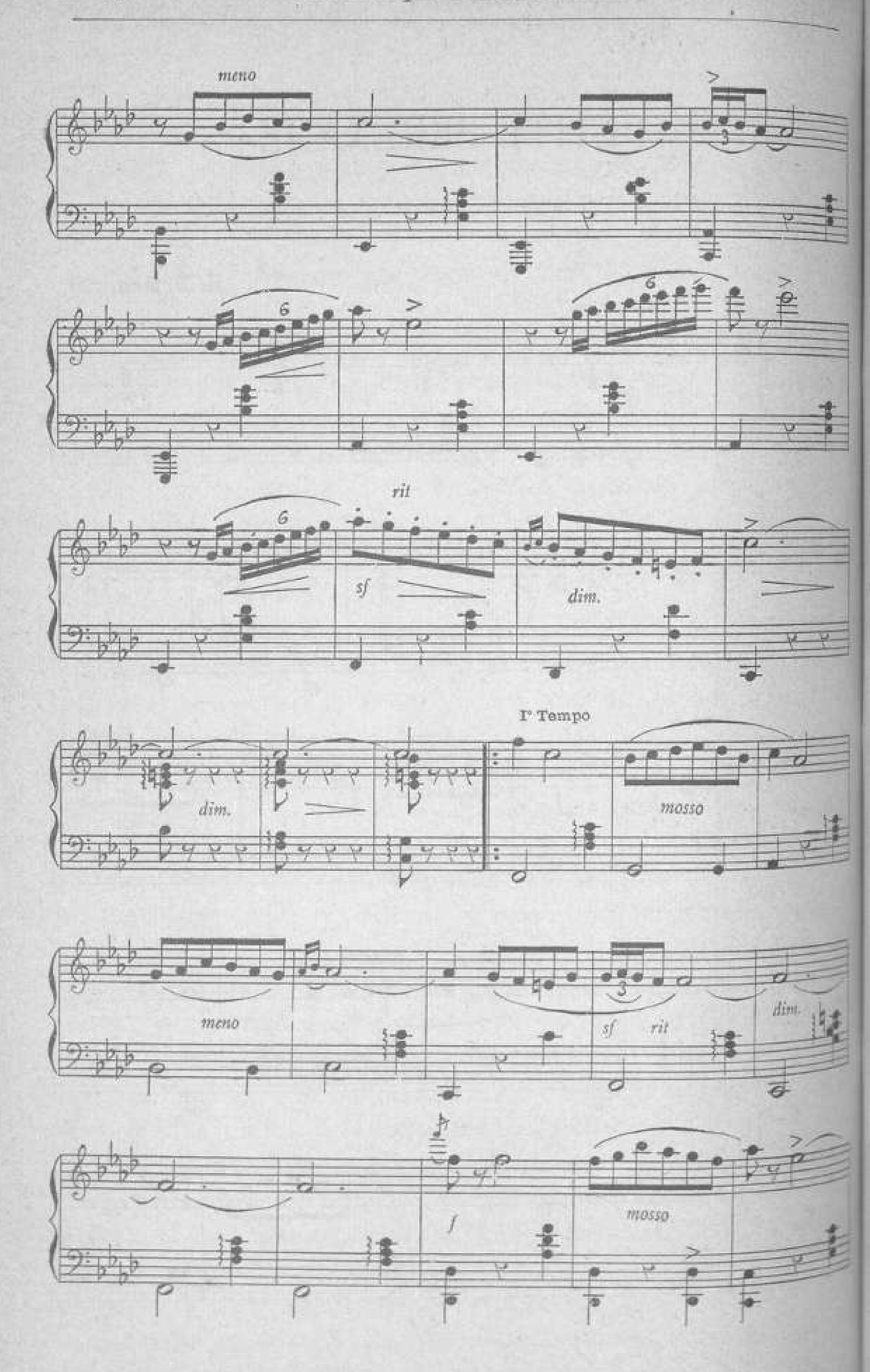
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

PETITE SÉRÉNADE

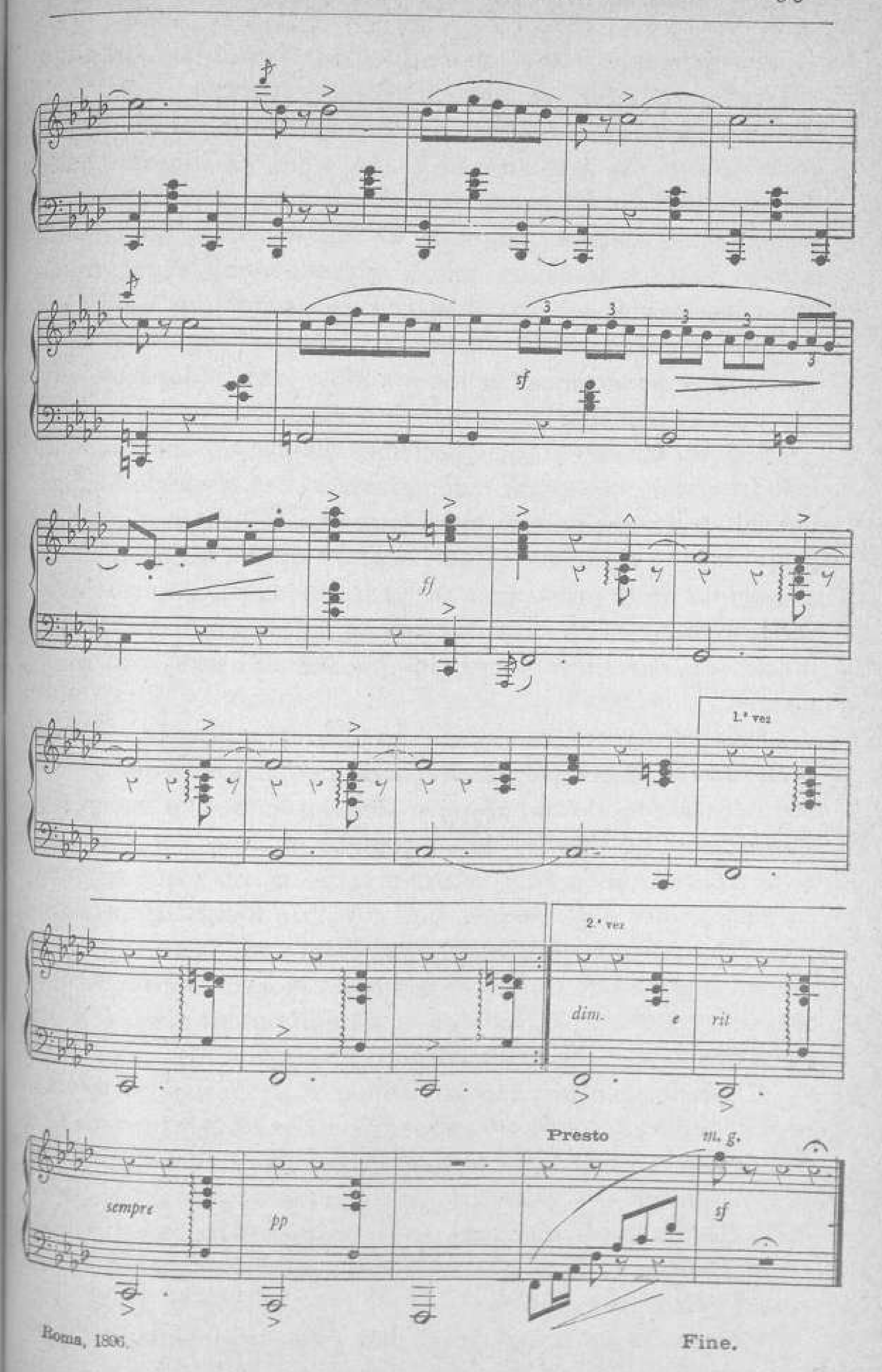
H. D. Ramenti.



Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Roma, 1896.

Fine.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

se opuso siempre, temerosa de que abandonara por la música el estudio de la carrera á que le había destinado.

Pero para músico había nacido y músico fué al fin. Había en la casa de sus hermanos un piano, y un día Hilarión, aprovechando la circunstancia de hallarse solo, quiso probar si sería posible aprender algo de él sin profesor y sin conocimiento del teclado ni del solfeo. Grande debió ser su asombro cuando vió que sus dedos, guiados por una especie de instinto incomprensible, corrían con la mayor seguridad sobre las teclas y las arrancaban los sonidos que él deseaba. Así se formó el pianista. El compositor vino poco después.

Seguro ya de lo que podemos llamar su conocimiento instintivo del piano, trató de trasladar á él las melodías que bullían en su cerebro dándolas forma real, y de la misma incomprensible manera que se encontró un día hecho pianista, al ejecutar en el piano una de esas melodías, supo armonizarla, hallar para ella acordes que un maestro hubiera tardado mucho en encontrar y no sin grandes esfuerzos de imaginación.

De esta manera novísima compuso Hilarión D. Moreno multitud de piezas que han quedado perdidas, porque guiado por excesiva modestia, ni quiso dejarlas copiar ni las ejecutó sino delante de algunos de sus amigos íntimos. Gracias á las reiteradas instancias de éstos, accedió al fin á que se publicara su primer *Vals Boston*, que copió un músico gran admirador de tan raro artista; pero, siempre modesto, no quiso que se supiera que él era el autor y adoptó el pseudónimo *Ramenti*, que tan conocido en el mundo del arte había de ser poco después.

El éxito que alcanzó su primer *Vals Boston* decidióle á seguir publicando otras composiciones, y hoy las producciones de tan original autor forman un regular volumen.

Ha *escrito* —y permítasenos que así digamos de quien dicta ejecutando— muchas y diversas piezas; pero sobresalen entre todas sus *Valses Boston*, cuyo estilo originalísimo le caracterizan por completo.

En ellas se ve la espontaneidad y la originalidad del que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ha nacido artista y para inspirarse no necesita más que mirar al fondo de su alma; la grandeza del que se ha educado contemplando la inmensidad del mar; la elegancia y finura del diplomático.

Siete son los *Valses Boston* que ha publicado hasta la fecha; pero ha compuesto ya otro que, gracias á la indiscreción de un amigo suyo, que lo es mío también, he podido conocer. Este último, para mi gusto, es el más hermoso. De los otros no hay ninguno en que no halle grandes bellezas, pero sobresalen entre ellos el tercero y el quinto, verdaderas obras maestras á las que ninguno de los primeros hombres de la música vacilaría en poner con orgullo su firma.

Ha publicado también la *gavotta* «Royal,» pieza de corte elegante y delicadísimo, y puso música á dos obritas teatrales tituladas *El Millón* y *El Príncipe Luzbel.* Por cierto que el público, hecho á la brocha gorda que se sirve en los teatros de zarzuela chica, no supo comprender la música de Hilarión D. Moreno y no manifestó el menor agrado al escucharla, no faltando algún periódico que hiciera coro con el público y calificara la música de *El Príncipe Luzbel* de disparate. Lo curioso del caso es que los mismos que encontraron mala esa música en el teatro, la aplaudieron después entusiasmados cuando la escucharon convertida en el *Séptimo Vals Boston*, que lleva el subtítulo «Fragmento de una obra silbada.»

Un detalle para concluir. Cuando aún no había sido representada en Buenos Aires *Cavallería Rusticana*, ni su partitura había llegado á los almacenes de música ni á manos de ningún habitante de la Atenas del Plata, Hilarión D. Moreno la ejecutó una noche íntegra al piano en presencia de numerosos amigos.

La había oído una media docena de veces en Méjico y esto le había bastado.

Este es el hombre cuyo retrato engalana las páginas del ALMANAQUE SUD-AMERICANO, hombre bien digno, por cierto, de que otro más autorizado que yo hubiese trazado su interesante biografía

Buenos Aires, Julio, 1896. EMILIO VERA Y GONZÁLEZ.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



ESTRELLA

Á MI DISTINGUIDO Y CARIÑOSO AMIGO DON FRANCISCO ORTIZ

I

Diez y ocho abriles tenía:
era huérfana, y vivía,
aun en su estado precario,
muy contenta, en compañía
de una tía y un canario.
No he visto rubia más bella
ni más graciosa, que Estrella;
cuando, por lucir su talle,
salía sola á la calle,
todos íbamos tras de ella.
Y por si era tuyo ó mío
su corazón, es lo cierto
que, tras tanto desvarío,
hubo más de un desafío...
á dos duros el cubierto.
Mas nunca, Estrella, al afán
cedió de ningún galán,
ni aun al mirar sus arrojos

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ni al ver arder en sus ojos
todo el fuego de un volcán.
Por ella, sorbido el seso,
quiso suicidarse un día
un tal Lúcas Valdivieso,
pero erró la puntería
y quedó, por suerte, ileso.
Otro hubo, á quien desdeñó,
que al oir el terrible *no*,
se echó de cabeza al mar;
pero también se salvó
porque sabía nadar.
¿Qué más? mi amor por Estrella
me cegaba de tal modo,
que nada me hacía mella,
y estaba dispuesto... ¡á todo!
¡hasta á casarme con ella!

II

—En vano suspira usté,
me dijo, un día, su tía,
á quien mis penas conté;
¡y lo que sufrí aquel día
solamente yo lo sé!
—¿De qué se muestra orgullosa?
dije yo, con voz quejosa;
ni tiene, Estrella, fortuna
ni fué su infancia dichosa
mecida en dorada cuna.
—No tuvo cuna dorada,
contestó doña Teresa,
la tía de mi adorada;
pero, en cambio, fué criada
en casa de una marquesa.
Y no es raro, ¡qué ha de ser!
que se obstine en no querer
á chicos que, aunque simpáticos,
no pueden satisfacer
sus gustos aristocráticos.
Por eso á tanta pasión
la chica no corresponde,
porque cifra su ilusión
en algún bello vizconde
ó en algún gentil barón.
—Pues quiere un noble gentil,
dije yo, medio incivil,
aun cuando sea un gandul,

desde hoy me hartaré de añil
para tener sangre azul.
Rióse la buena tía;
yo me fuí, viendo ilusorio
el bien que soñado había...
¡y pasé desde aquel día
las penas del purgatorio!

III

—¿Conoces, acaso, á Estrella?
dije á Rodrigo, mi criado,
que al pasar delante de ella
saludó, un día, á mi bella
con el mayor desenfado.
—¿Que si la conozco? ¡digo!
contestó mi fiel Rodrigo.
—¡Habráse visto zulú!
—¡Como que era ayer... su *amigo*
y la llamaba de tú!
—¡No puede ser!
—¡Buena es esa!
—Y tu osadía me enfada;
yo sé por doña Teresa
que su sobrina fué criada
en casa de una marquesa.
—Y es verdad... ¡claro que sí!
y eso habla más en mi abono,
pues precisamente allí,
aunque hoy se dé tanto tono,
de *criada* la conocí.

Casimiro Prieto.

EPIGRAMA

He conocido á una Fe,
que al hablarle de mi amor,
me dijo:—«Perdone usté,»
y á una Esperanza adoré,
en quien hallé igual rigor.
¿No es una fatalidad
que habiendo tanta beldad
llamada *Fe* y *Esperanza*,
no haya una, ni aun por chanza,
que se llame *Caridad*?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



CARUNCHO

Yo he sido, seguramente, el más apasionado de sus admiradores; yo he dejado muchas veces mis más gratas distracciones y he arrostrado los más severos correctivos por seguir á Caruncho y escuchar sus siempre maravillosas narraciones. ¡Más que ingrato sería si no dedicase algunas sentidas palabras á su recuerdo!

Paréceme que le estoy viendo.

Caruncho era tuerto, feo, feísimo, marcado de viruelas y de color verdoso. El pelo desgreñado y la boca desmesuradamente grande y torcida, acababan por convertir aquella cara en algo indescriptible de puro deforme. Tenía una pata de palo, y se ayudaba, para caminar, con una muleta que, en casos de apuro, le servía de arma ofensiva y defensiva.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Con su enorme gorra de piel, calada hasta las orejas, descalzo del único pie que le quedaba, provisto de su alforja y con su celebrado violín en la bolsa de cuero, cruzada sobre la espalda, habíase Caruncho convertido para mí en un ser casi extraordinario.

Él vendía las coplas más nuevas, de que traía provista su alforja, relatando crímenes espantosos, y las cantaba al son de su desvencijado violín con voz estridente y gangosa; él refería historias maravillosas que cautivaban á quien las oía; él dirigía requiebros á las buenas mozas, y hasta se permitía burlarse de aquellos que no eran de su agrado con frases siempre intencionadas y picarescas.

Tendría yo siete años.

¡Con qué poder se aferran á la memoria los recuerdos de esa hermosa edad, en que el corazón y el cerebro abren de par en par sus puertas á todas las ideas y á todas las impresiones!

No era yo solo, éramos muchos los admiradores de Caruncho. — Diez, doce, hasta veinte muchachos, sustrayéndonos á la vigilancia paterna, cuyas iras no nos arredraban, solíamos rodearle pidiéndole á gritos que refiriese cuentos y cantase coplas, dejando caer en su gorra cuantas monedas de cobre llegaban á nuestras manos.

No siempre éramos atendidos por Caruncho, sobre todo si no caían monedas en su gorra; pero cuando se encontraba de buen humor, con el estómago repleto, y se sentaba á la orilla del río, en un apartado arrabal del pueblo, dispuesto á contentarnos ¡qué júbilo tan grande el que se apoderaba de aquellos infantiles corazones!

Historias de princesas encantadas, de esforzados guerreros y de bandidos, que él siempre ennoblecía y ensalzaba; narraciones de brujas, duendes, trasgos y cuantas creaciones inventa la fantasía popular, de la cual parecía aquel hombre la encarnación más perfecta; aventuras y recuerdos de su vida andariega y miserable; milagros portentosos de santos y de santas, que él mismo había presenciado; leyendas, según él, del tiempo de los moros cuando habían osado penetrar en aquellas gloriosas montañas de Cantabria... todo iba

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

desfilando ante nuestros atónitos ojos por virtud de la inspirada evocación del hombre del violín y de la pata de palo.

Más de una vez aquellas orgías de infantiles emociones fueron interrumpidas por la presencia de algún papá irritado, ó de algún doméstico que, garrote en mano, venía á disolver la asamblea, profiriendo terribles amenazas contra el desdichado Caruncho; porque — se decían los padres de familia — ¿qué podían aprender niños inocentes de la boca de aquel vagabundo, sino toda suerte de pillerías y de indecencias?

Y sin embargo, no era así. Caruncho, en medio de su miseria y de su ignorante rusticidad, parecía como si tuviese la intuición del respeto á la inocencia. — Bien posible es que me engañe lo vago de mis recuerdos, ó la rara sugestión que aquel ser extraño había llegado á ejercer sobre mi espíritu; pero podría asegurar que se había acostumbrado á respetarnos y á querernos, porque jamás salió de sus labios una palabra grosera ó mal sonante; ó, si salió, no éramos nosotros capaces aún de comprenderla.

¿Cuántas veces nos congregamos alrededor de Caruncho para escuchar sus cuentos, el recitado de sus coplas ó las piezas de su violín, eternamente las mismas?

No podría decirlo; pero fueron muchas. ¡Y cómo en la alta noche se me aparecían, después, los blancos fantasmas, las brujas montadas en palos de escoba, los Doce Pares de Francia cortando cabezas de infieles, ó el alma de algún rico de la comarca metida en la caldera mayor de los infiernos!

Recuerdo que un día, después de referirnos las hazañas del gigante Fierabrás, se quedó un largo rato pensativo, apretando convulsivamente con una mano su muleta, mientras acariciaba, con la otra, las cuerdas de su violín.

De pronto, como si una extraña ráfaga viniese á iluminar su obscuro pensamiento, paseó sobre nosotros la huraña mirada de aquel su ojo único que parecía despedir una luz siniestra, y con voz agitada por la emoción, habló de esta manera:

— Muchachos: os voy á decir un secreto.

¿Sabéis vosotros quién es el rey? ¿y el gobernador? ¿y el

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

alcalde? ¿y el escribano? Pues yo, Caruncho, soy más que todos ellos, estoy más alegre que todos ellos.

Mirad: anoche estuve en la taberna de la Pelosa, bebí vino, canté mucho y la tabernera me quiere. Pronto nos casaremos, y vamos á tener una niña que ha de ser princesa y un niño que ha de ser obispo. Yo tengo dos mil reales en casa del boticario, y ella tiene una casa con todo lo que hay dentro, cuatro onzas de oro y muchos odres de vino.

Es verdad que soy tuerto, pero con este ojo que me



queda ¡veo tantas cosas! Veo los árboles, el mar, la gente, os veo á vosotros, que sois mis amigos, y la linda cara de la Pelosa que se me aparece hasta cuando duermo.

Además, ¿os acordáis de Benito? pues Benito es ciego... ayer pasó junto á mí... ¡pobre!

Tengo una pata de palo y ando con esta muleta; pero ¿y Tanasio? cuando estuvo en la guerra una bala de cañón le llevó las dos piernas y anda en un carrito. ¡Pobre Tanasio!

Quedé marcado de las viruelas, y me dicen que soy muy feo y que tengo la boca torcida; pero todavía de una puñada derribo á un hombre; y andan muchos ricos por la calle que tienen la cara amarilla, las piernas como alambres y se van á Panticosa, porque el médico les dice que están enfermos del pecho.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Además, ¿no veis cómo se alegran y se ríen las muchachas cuando al son de mi violín voy cantando coplas y les digo que tienen la cara bonita?

En un rincón de la cuadra de Feliciana tengo mi manta y mi jergón. Me acuesto, duermo bien y me dicen que ronco mucho.

Algunos días paso hambre. No quiero tocar los dos mil reales, para que mi hijo pueda ser obispo y princesa mi hija; pero ¡si vierais vosotros cómo gusta el comer cuando se tiene hambre!

Además, ¿pensáis vosotros que el rey, ni el alcalde, ni el escribano cantan las coplas y tocan el violín como yo?

¡Pobres! ¡qué saben ellos lo que es cantar coplas ni tocar el violín!...

É irguiéndose de pronto, como si un resorte le moviese, tomó Caruncho su violín, y en medio de un arrebato furioso, casi frenético, tocó un viejo vals, su pieza favorita, extasiándose al escuchar sus notas, que eran para aquel mendigo filósofo algo así como una música bajada de los cielos.

Después nos dijo:

—Adiós, muchachos. Hasta mañana, que os contaré la historia de Aladino. Me voy á abrazar á la Pelosa.

. . . .

¡Cuántas veces, al verle harapiento, tiritando de frío, con el hambre en el rostro, decíamos los niños, aquellos que tanto le admirábamos:

—¡Pobre Caruncho!

Y hoy, recordándole, á través de los años, mientras pienso que el rey, y el gobernador y el alcalde, devorados por sus ambiciones, acosados por las exigencias sociales, eran quizá desdichados, no puedo menos de exclamar:

—¡Qué feliz era Caruncho!

RAFAEL CALZADA.

Buenos Aires, 1896.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



A mi hija María

EN EL DÍA DE SU SANTO

SONETO

De la vida en mitad de la jornada,
al fulgor de las horas vespertinas,
bañada en claridades mortecinas
reposa el alma de luchar cansada.

Con la luz de tus ojos nacarada,
cual vigilantes faros, iluminas
del recuerdo las plácidas colinas
á do se torna ansiosa la mirada.

Hija del corazón: aparte el cielo
de tu fácil sendero los abrojos,
cubre de flores tu ventura el suelo;

Y no dé yo á la tierra mis despojos
sin que tu mano con piadoso anhelo
en el supremo adiós cierre mis ojos.

A. Atienza y Medrano.

Buenos Aires, 16 Julio de 1896.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Bellezas americanas



URUGUAYA

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

APARICIÓN

Á CASIMIRO PRIETO VALDÉS

Surgió á mis sueños, ¡cuán gentil! ¡cuán bella!
La palidez radiosa de una estrella
brilla en su frente como un lirio hermosa;
y el rubor con que al alba causa enojos,
si desmaya en sus párpados, de rosa,
da más fuego á sus labios siempre rojos.

Al ver de un alma pura
dibujarse en su rostro la sonrisa,
se agita dulce, ansiosa,
en todo corazón la fe sumisa
de una pasión vehemente.
¡Quién pudiera contarle las quimeras
que prestan al amor su miel sabrosa
y ponen aureolas en la frente!

Con pocas primaveras
corridas en la senda de la vida,
toda ella es luz, es ilusión ingente;
risueña encarnación de un alma ungida
en el óleo de cándidos amores;
belleza juvenil que bulle henchida
de delirios, de anhelos y fervores...

Parece que en su seno
se mueve un mar de vagas impaciencias,
como en el cáliz de la flor va lleno
el germen de futuras florescencias.

La gracia seductora
por donde posa el pie surge esplendente,
como surge magnífica la aurora
cuando el cielo estrellado se colora
con el vivo arrebol que halla en Oriente.

Y en la gama inefable de su acento
retoza la canción, tiembla el arrullo;
su boca es para el beso, y en su aliento
va el polen estival que cruza el viento
y se aduerme en las rosas en capullo.

La lumbre que rutila
sobre el piélago azul de su pupila
provocando del cielo los sonrojos,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

tiene el vago misterio y el encanto
de un alba tropical bañada en llanto;
se ve el cielo encerrarse entre sus ojos!

En su busto gentil de nieve y rosa
cuanto hay de aroma y de esplendor resume,
como copa de nácar misteriosa
que de sus poros al través rebosa
del licor de los sueños el perfume.

Y esos sueños en nítida guirnalda
que su frente de lirio no marchita,
florecen en su ser. Es Esmeralda
en sus arrojos de pasión ferviente;
en su dulce vehemencia, Margarita,
y Ofelia en lo ideal que arde en su mente.

Se impregnan la piedad y la esperanza
en su nimbo sutil de lumbre de astro;
y el que entre dudas y dolor avanza,
cuando su luz alcanza,
llega y besa su veste de alabastro.

Trasciende su alma hermosa
del plástico esplendor, dos veces bella;
mezcla etérea del ángel y la diosa,
quien la ve flor ha de admirarla rosa,
quien la ve luz ha de cantarla estrella!

Y cuando en raudo giro
huya el amor por no morir de hinojos
ante la diosa que arrobado admiro,
se haga aroma en sus labios, si es suspiro,
se haga perla, si es lágrima, en sus ojos.

Rosendo Villalobos.

La Paz (Bolivia).

EPIGRAMA

—Amo el lujo y el derroche,
me dijo un día Pilar,
y no me quiero casar
sino con quien tenga coche.
Y logró su afán sincero
por fin realizado ver,
pues he sabido que ayer
se casó con un cochero.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



HELÉNICAS

Á FABIO F. FIALLO

Tibia y olorosa está el agua en que acabas de bañarte, Lesbia divina. El amor la ha calentado con su antorcha, y las rosas de tu hermosura han difundido ahí su esencia voluptuosa.

Yo envidio á esas burbujas de la irisada espuma, que te miran á solas, reflejando tu beldad en sus pupilas de fuego.

—

¿Quieres, Olimpia, embriagarme? No me escancies el vino. Me bastan tus besos húmedos.

—

¿Cómo dejas, Silvia inhumana, que ajusticien á ese pobre rapaz insano? Hirióme, en verdad, el corazón su aleve dardo; mas fuiste tú quien le dijo:—¡Asesta certero, parte la entraña!

—

Por ahí oigo que te buscan, que te pregonan solícitos tus padres doloridos y tus amantes burlados. ¡No salgas de mi pecho, Delia, no salgas!

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

¿Te maravilla, hermosa Cloe, que las candorosas avecillas desciendan á picar los sazonados racimos que ha pintado Parrasio, el divino pincel de Éfeso, rival de Zeuxis?

Mayor prodigio hicieron los dioses en tus ojos, pues los míos, al mirarlos, los toman por luceros.

—

Al ver que Amor desgarró su seno, su seno izquierdo, acudí á socorrerla, chupé la rósea herida, y ¡quién lo creyera! no manaba sangre sino mieles.

—

Del templo vengo, á donde fuí á rogar á Venus te haga propicia á mi cariño; y al besar el pie de la diosa, olióme á violetas. Por poco te sorprendo, Mirra: era tu aliento!

—

Praxiteles y Scopas han recibido de Júpiter el don de hacer vivir la piedra. Ellos han golpeado el recio Paros, y Venus ha surgido palpitante y amorosa.

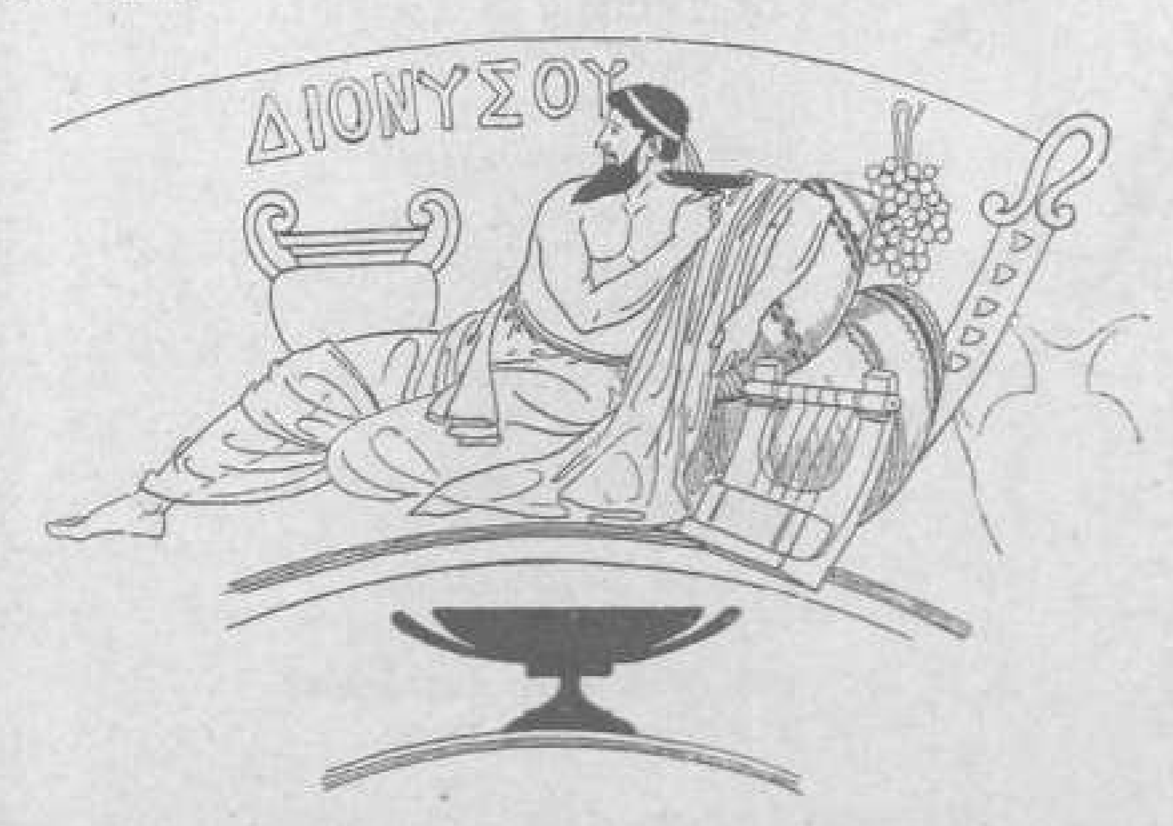
Yo soy un pobre artista á quien maldicen los dioses. Yo toco, Alcibia, tu carne viva y vibrante, y á mi contacto ardiente tórnase en marmol.

—

Baco ha transformado en racimo á la dulce ninfa Estafilea. Imaginándome en sus brazos, yo apuro esta copa en que rebosa el jugo ardiente de sus besos. —¡Copero! Si acude Lesbia, que no sepa que la engaño. Dile que duermo.

Nicanor Bolet Peraza.

Nueva York.



Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ANACREÓNTICA

Dame, muchacho, vino;
pronto, dame ese jarro
lleno, pero bien lleno
de néctar jerezano.
Tengo celos, ¿me oyes?
y quiero disiparlos
con este de las penas
inapreciable bálsamo.
Escucha lo que cuenta
de mi adorada, Pablo,
y del rapaz mocoso
que le regala ramos.
Salía, como suele,
salía ayer temprano
á ver las heredades
que tiene río abajo,
y entre los arbolillos
de la orilla cercanos,
tan distraídos iban
que los pilló abrazados!
Pues añade que luego...
¿y ese vino, muchacho?
se entraron por el soto
cogidos de la mano,
los rostros encendidos
y cauteloso el paso.
Pero yo no lo creo,
aunque me lo ha jurado
por Venus y la Tierra...
Excúsate del vaso,
que apenas tiene un sorbo
este maldito jarro.
Digo que no lo creo;
¿no soy el mismo, acaso,
á quien juró mil veces,
teniéndome abrazado,
amor, amor eterno
con temblorosos labios,
ardidas las mejillas,
el seno palpitando,
los párpados de rosa
por la ilusión cerrados?
Y cuando los abría

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

con un mirar muy lánguido
mostrábame sus ojos
de lágrimas velados.
Luego, ardiente, nerviosa,
en súbito arrebato,
contra el pecho de nieve
apretaba mis manos;
ceñíalas con fuerza,
besábalas temblando,
y al beber yo su aliento,
al repetirla ¡te amo!
lánguida, desmayada
se caía en mis brazos.
Y esto ayer, ¿y hoy me vende?
Trae más vino, muchacho,
pues va desvaneciendo
mis celos infundados.
Pablo miente ó se engaña;
aunque me lo ha jurado
por Venus y la Tierra,
por todo lo creado.
Mas ¡ay! la verdad dijo,
¡que lo juró por Baco!
y ante ese juramento...
¡Llena, lléname el jarro!

F. López Benedito.

Buenos Aires.

PRETÉRITAS

No extraño que aún al verme, en tus pupilas
como llama de amor, brille una llama...
Fuego fatuo que exhala el amor muerto
que llevas en el alma!

—

¿Quién sospecha la bóveda sombría
á través de la atmósfera azulada?...
¿Quién á través de tus pupilas límpidas
penetra los misterios de tu alma?...

—

Te casaste por fin, y torpemente
juzgas que has rescatado
al precio humilde de tu honor presente
todas las ignominias del pasado!

Guillermo P. Rodríguez.

Montevideo, 1896.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



LAS

MENTIRAS DEL GENERAL LERZUNDI

(TRADICIÓN)

Allá, en los remotos días de mi niñez, conocí al general de caballería don Agustín Lerzundi. Era él, por entonces, aunque frisaba con el medio siglo, lo que las francesas llaman *un bel homme*. Alto, de vigorosa musculatura, de frente despejada y grandes ojos negros, barba abundante, limpia y luciente como el ébano, elegante en el vestir, vamos, era el general todo lo que se entiende por un buen mozo. Añadamos que su renombre de valiente en el campo de batalla era de los ejecutoriados y que, por serlo, no se ponen en tela de juicio.

Como jinete era el primero en el ejército, y su gallardía sobre el brioso caballo de pelea no hallaba rivales.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cuéntase que, siendo comandante, recibió del ministro de la Guerra órdenes para proveer á su regimiento de *caballada*, procurando recobrar los caballos que hubieran pertenecido al ejército y que se encontraran en poder de particulares. Don Agustín echó la zarpa encima á cuanto bucéfalo encontró en la ciudad. Los propietarios acudieron al cuartel de Barbones reclamando la devolución, y Lerzundi, recibiéndolos muy cortesmente, les contestaba:

—Con mucho gusto, señor mío, devolveré á usted el caballo que reclama, si me comprueba que es propiedad suya y no del Estado.

—Muy bien, señor comandante. Basta con ver la marca de fierro que lleva el caballo en la anca izquierda. Es la ini cial de mi apellido.

¿La marca era una *A*? Pues Lerzundi contestaba:

—Al canchón con el caballo, que esa *A* significa *Artillería volante*.—¿Era una *B*? Entonces el jamelgo correspondía á *Batidores montados*. Para Lerzundi, la *C*, significaba *Coraceros*; la *D*, *Dragones*; la *E*, *Escolta*; la *F*, *Fusileros* de descubierta; la *G*, *Granaderos de á caballo*; la *L*, *Lanceros*; la *P*, *Parque*; en fin, á todas las letras del alfabeto les encontraba descifración militar. Según él, todos los caballos habían sido robados de la antigua caballada del ejército. Lerzundi los reivindicaba en nombre de la patria.

Sexagenario ya, reumático, con el cuerpo lleno de lacras y el alma de desengaños, dejó el servicio, y con letras de cuartel ó de retiro fué á avecindarse en el Cuzco, donde poseía un pequeño fundo y donde vivía tranquilamente sin tomar cartas en la política, y tan alejado de la autoridad como de la oposición. Un día estalló un motín ó bochinche revolucionario; y Lerzundi, por amor al oficio, que maldito si á él le importaba que se llevase una legión de diablos al gobierno con el cual no mantenía vínculos, se echó á la calle á hacer el papel de Quijote amparador de la desvalida autoridad. Los revoltosos no se anduvieron con algórgoras, y le clavaron una bala de á onza en el pecho, enviándolo sin más pasaporte al mundo de donde nadie ha regresado.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Lo único que ha sobrevivido al general, es su fama de mentiroso. El célebre Manolito Gázquez, de que tanto alardean los andaluces, no mentía con más gracejo é ingenio que mi paisano el limeño don Agustín Lerzundi. Dejando no poco en el tintero paso á comprobarlo.

I

Conversábase en un corro de amigos, siendo el tema referir cada uno el lance más crítico en que se hubiera encontrado. Tocóle turno á don Agustín y dijo:

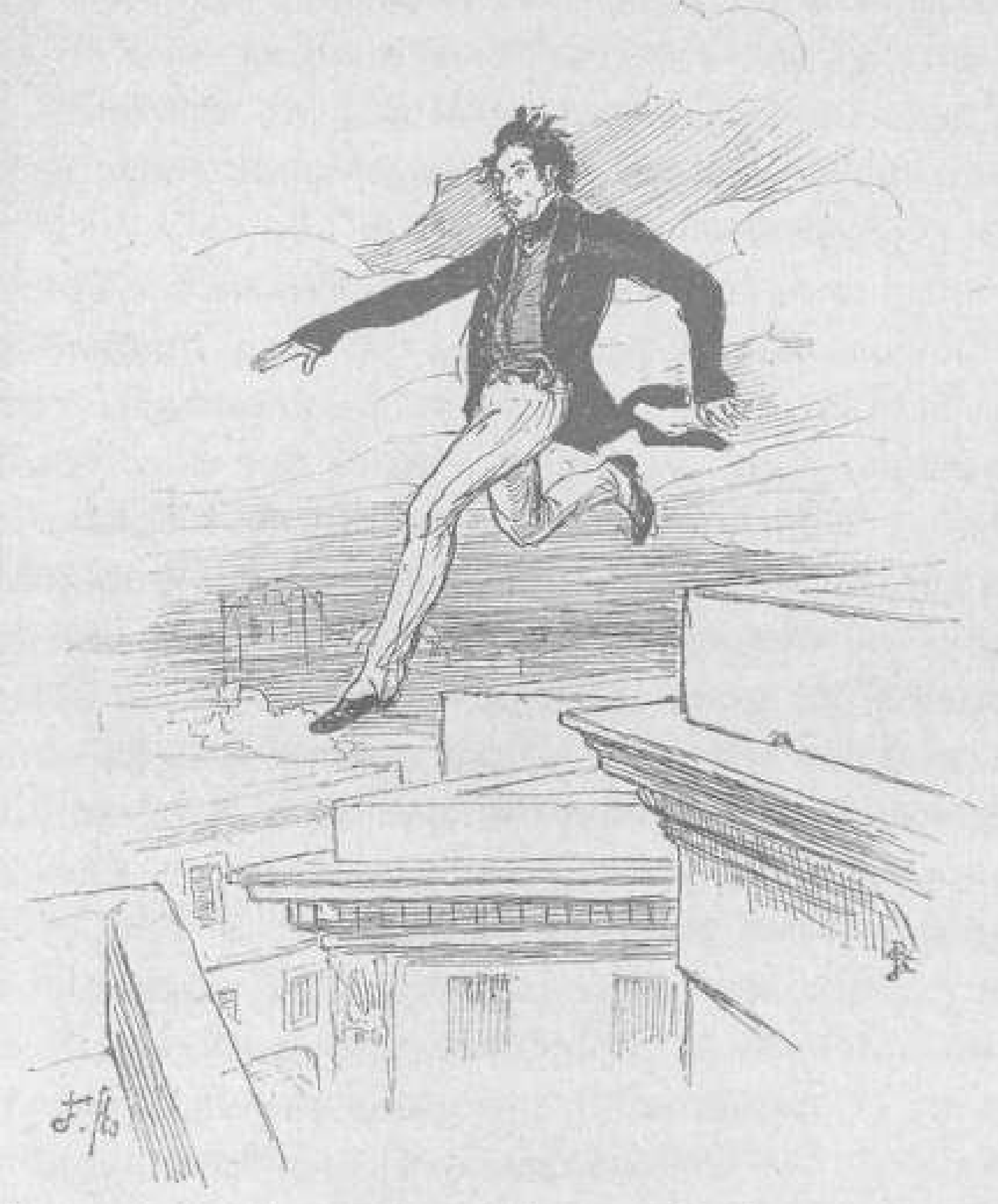
— Pues, señores, cuando yo era mozalbete y alegroncillo con las hijas de Eva, fuí una tarde con otros camaradas á la *picantería* de *ña Petita*, en el Cercado. Allí encontramos una *muchachería* del coco y de *rechupete;* mozas todas de mucho *cututeo* y mucho *repiquete;* hembras, en fin, de la *hebra*, de *engrudo, catalicó* y gorra de cuartel. Ello es que entre un — con usted mi amor se va — y un — correspondido será; y entre un camaroncito *pipirindingue* acompañado de un vaso de chicha de *jora*, ó un bocadito de *seviche* en zumo de naranja agria, seguido de una copita del *congratulámini quita-penas*, nos dieron las ocho de la noche, hora en que la oscuridad del Cercado era superior á la del Limbo. Nos disponíamos ya á emprender el regreso á la ciudad, llevando cada uno del bracero á la *percuncha* respectiva, cuando sentimos gran tropel de caballos que se detuvieron á la puerta de la picantería y una voz aguardentosa que gritó:

— ¡Rendirse todo el mundo, vivos y muertos, que aquí está Lacunza el guapo!

Las mozas no tuvieron pataleta, que eran hembras de mucho juego y curtidas en el peligro; pero chillaron recio y sostenido, y como palomas asustadas por el gavilán corrieron á refugiarse en la huerta, encerrándose en ella á tranca y cerrojo. Nosotros estábamos desarmados y escapó cada cual por donde Dios quiso ayudarlo, pues los que nos asaltaban eran nada menos que los ladrones de la famosa cuadrilla del facineroso negro Lacunza, cuyas fechorías traían en alarma la capital. Yo, escalando como gato una pared, que de esos

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

prodigios hace el miedo, conseguí subir al techo; pero los bandidos empezaron á menudearme, con sus tercerolas y carabinas, pelotillas de plomo. Corre que corre, y de techo en techo, no paré hasta Monserrate (1).



—¡Eso es mucho! comentó uno de los oyentes. ¿Y las boca-calles, general? ¿Y las boca-calles?

—¡Hombre! ¡En qué poca agua se ahoga usted! —contestó Lerzundi. ¡Las boca-calles! ¡Las boca-calles! ¡Valiente obstáculo!... Esas las saltaba de un brinco.

Roberto Robert, que saltó desde el almuerzo de un domingo hasta la comida de un jueves, sin tropezar siquiera con un garbanzo, no dió brinco mayor que el de las boca-calles de mi paisano.

(1) Para el lector que no conozca Lima apuntamos que el Cercado y Monserrate son, en línea recta, dos extremos de la ciudad ó sea un trayecto de más de dos millas.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

II

Siendo Lerzundi capitán, una de nuestras rebujinas políticas lo forzó á ir á comer en el extranjero el, á veces, amargo pan del ostracismo. Residió por seis meses en Río-Janeiro, y su corta permanencia en la capital del, por entonces, imperio americano, fué venero en que ejercitó más tarde su vena de mentiroso inofensivo.

Corrieron años tras años; después de una revolución venía otra revolución; hoy se perdía una batalla y mañana se ganaba otra batalla; cachiporrazo va, cachiporrazo viene; tan pronto vencido como vencedor; ello es que don Agustín Lerzundi llegó á ceñir la faja de general de brigada. Declaro aquí (y lo ratificaré en el valle de Josafat si algún militroncho se picase y me exigiese retractación) que entre dos centenas, por lo menos, de generales que, en mi tierra, he alcanzado á conocer, ninguno me pareció más general á la de veras, y no de mojiganga como la mayoría, que don Agustín Lerzundi. ¡Vaya un general bizarro! No se diría sino que Dios lo había creado para general y... para mentiroso.

Acompañaba siempre á Lerzundi su ayudante, el teniente López, un muchachote bobiculto, que no conoció el Brasil más que en el mapa-mundi, y á quien su jefe, citándole no sé qué artículo de las Ordenanzas que prohibe al inferior desmentir al superior, impuso la obligación de corroborar siempre cuanto él le preguntase en público.

Hablábase en una tertulia sobre la delicadeza y finura de algunas telas, producto del progreso de la industria moderna, y el general exclamó:

—¡Oh! ¡Para finos los pañuelos que me regaló el emperador del Brasil! ¿Se acuerda usted, teniente López?

—¡Sí, mi general... finos... muy finos!

—Calculen ustedes, prosiguió Lerzundi, si serían finos que los lavaba yo mismo echándolos, previamente, á remojar en un vaso de agua. Recién llegado al Brasil me aconsejaron que, como á preservativo contra la fiebre amarilla, acostum-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

brase beber un vaso de leche á la hora de acostarme, y nunca olvidaba la *mucama* colocar éste sobre el velador. Sucedió que una noche llegué á mi cuarto rendido de sueño, apuré el consabido vaso, no sin chocarme algo que la leche tuviese mucha nata, y me prometí reconvenir por ello á la criada. Al otro día vínome gana de desaguar cañería y... ¡jala! ¡jala! ¡jala!... salieron los doce pañuelos... Me los había bebido la víspera en lugar de leche... ¿no es verdad, teniente López?

—Sí, mi general, mucha verdad, contestó con aire beatífico el sufrido ayudante.

III

Pero un día no estuvo el teniente López con humor de seguir aceptando humildemente complicidad en las mentiras. Quiso echar por cuenta propia una mentirilla y... ese fué el día de su desgracia; porque el general lo separó de su lado, lo puso á disposición del Jefe de Estado Mayor, éste lo destinó en filas, y en la primera zinguizarra ó escaramuza á que concurrió, lo *desmondongaron* de un balazo.

Historiemos la mentira que ocasionó tan triste suceso.

Hablábase de pesca y caza, y el general dijo:

—¡Oh! ¡Para escopeta la que me regaló el emperador del Brasil!... ¿no es verdad, teniente López?

—Sí, mi general... ¡buena... muy buena!

—Pues, señores, fuí una mañana de caza, y en lo más enmarañado de un bosque ví un árbol en cuyas ramas habría lo menos, menos... unas tres mil palomas. Teniente López, ¿no serían tres mil las palomas?

—Sí, mi general... tal vez más que menos.

—¿Qué hice? Me eché la escopeta á la cara, fijé el punto de mira y ¡pum! ¡fuego! ¿No es verdad, teniente López?

—Sí, mi general... me consta que su señoría hizo fuego.

—¿Cuántas palomas creen ustedes que mataría del tiro?

—Tres ó cuatro, contestó uno de los tertulios.

—¡Quiá! Noventa y nueve palomas. ¿No es verdad, teniente López?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

— Sí, mi general... noventa y nueve palomas... y un lorito.

Pero Lerzundi aspiraba al monopolio de la mentira, y no tolerando una mentirilla en su subalterno, replicó:

— Hombre, López .. ¿Cómo es eso? Yo no vi el lorito...

— Pues, mi general, contestó picado el ayudante, yo tampoco ví las noventa y nueve palomas.

Ricardo Palma.

Lima, Mayo de 1896.



LOS CABELLOS RUBIOS

¡Oh, rubias cabelleras desatadas,
como alegre raudal de olas de oro
os volcáis sobre el mágico tesoro
de divinas bellezas ignoradas!

¡Trenzas resplandecientes, esmaltadas
de claveles y rosas, yo os adoro:
diademas fuisteis del radiante coro
de mis dulces espléndidas amadas!

¡Rizos de áureo vapor, rubios cabellos,
que haz de rayos de vívidos destellos
parecéis, deslumbrando á quien os mira!

¡Con vosotros tejió mi edad riente
la hamaca de mis sueños refulgente
y las doradas cuerdas de mi lira!

Manuel Reina.

Madrid.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

APOTEGMA EN ACCIÓN



—¿Por qué tratas á ese necio
con tal confianza, Esperanza?
—¡Hombre! porque la confianza
es causa de *menos-precio.*

ÁRBOLES VIEJOS

Hasta el árbol tronchado en el camino,
sin hojas y sin frutos y sin flores,
puede prestar asiento á los pastores
y un báculo prestar al peregrino...

Así el anciano de experiencia y tino,
consejos da que evitan sinsabores;
y sin savia, ni aromas, ni colores,
cumple su ley y tiene su destino..

¡Oh, labrador! Escucha mi consejo:
tú debes resistir cual me resisto
á cortar ramas aunque estén desnudas;

Porque puede salir de un árbol viejo
quizás la Cruz en que sucumba un Cristo,
quizás la rama en que se cuelgue un Judas!

Lima.

JOSÉ S. CHOCANO.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



FLORES DE PESADILLA

A HISTERIA

¡Oh! cómo te miraban las tinieblas,
cuando ciñendo el nudo de tu abrazo
á mi garganta, mientras yo espoleaba
el formidable ijar de aquel caballo,
cruzábamos la selva temblorosa
llevando nuestro horror bajo los astros.
Era una selva larga, toda negra,
la selva misteriosa, cuyos gajos
echaban sangre al golpe de las hachas,
como los miembros de un molusco extraño.
Era una selva larga, toda triste,
y en sus sombras reinaba nuestro espanto.
El espumoso potro galopaba
mojando de sudores su cansancio,
y ya hacía mil años que corría
por aquel bosque lúgubre. ¡Mil años!
Y aquel bosque era largo, largo y triste,
y en sus sombras reinaba nuestro espanto.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte